JUAN DE AUSTRIA,

Ó LA VOCACION.

MEDIA EN CINCO ACTOS

Y EN PROSA

Mr. CASIMIR DELAVIGNE.

ARREGLADA AL CASTELLANO

POR

Mariano José de Larra.

MADRID.

A DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1837.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. ORRAS

N.° de la procedencia

PERSONAS.

---

elipe II.
on Juan.
on Rodrigo Quesada, *del consejo de S. M. Cárlos V.*
on Pedro Gomez.
rlos V.
Prior del convento de Gerónimos de Yuste.
. Lorenzo.
. Timoteo.
blo, *novicio de quince años.*
afael..... } *Criados de don Rodrigo.*
omingo. }
nés..... }
oña Florinda Sandoval.
rotea, *dueña.*
n Ugier del palacio.
rtesanos, Ugieres, Alguaciles, Frailes, Guardias &c.

721508

Esta Comedia es propiedad de su editor, quie perseguirá ante la ley al que la reimprima.

ACTO PRIMERO.

a librería en casa de don Rodrigo: en los alrededo-
es de Toledo.

ESCENA PRIMERA.

N RODRIGO. GINÉS *con bugías en la mano.* DOMINGO.

d. Alumbra, Ginés. Véalos yo despues de tres dias de ausencia, mis caros libros, mis amigos y mis consejeros.. (*Separando las luces que Ginés acerca.*) Eh! no tan cerca; quieres hacer un auto de fé con mi biblioteca? Por Santo Domingo: esos libros son mejores cristianos que tú y que yo. No debo á su intervencion la conversion á Dios del mozo mas mundano de entrambas Castillas? (*Aparte.*) Pobre don Juan! Sepultar dentro de un habito tan raras y tan altas prendas... Pero asi lo quiso el emperador, mi señor, y nuestro nuevo rey don Felipe ha jurado no reconocerle sino con esa condicion. (*Alto.*) Eh! Paréceme que oigo ruido en su aposento. (*Acercándose á una puerta lateral.*) Don Juan, hijo mio, no dormis?

a voz de adentro. Padre y señor, estoy en oracion.

d. Santa palabra! (*A don Juan.*) Proseguid, hijo mio; mi regreso despues de tan corta ausencia no ha de turbaros en vuestros piadosos deberes hácia el Padre comun de todos los hombres. (*A Ginés.*) Ven hácia esta parte, y hablemos bajo. Ginés,

qué ha hecho mi hijo durante mi viaje? Ha asi
do todos los dias al templo á la hora acostumbra
Gin. A la hora acostumbrada.
Rod. Su estancia en él era larga?
Gin. Larga.
Rod. Al ir ó al volver no has visto nada sospecho
Gin. Nada sospechoso.
Rod. No has recibido para él ninguna carta?
Gin. Ninguna carta.
Dom. Fuera de esta. (*Deslizándola por debajo de puerta de don Juan.*) Ya está en el buzon.
Rod. Estoy satisfecho. Sírveme siempre con el mis celo.
Gin. Con el mismo celo.
Rod. Es un eco!! este asturiano. Una mula he ten de su tierra, que gastaba mas palabras. Pero f A tí, Domingo. Qué hizo mi hijo el dia de partida?
Dom. Levantóse un tanto triste. Acompañéle en devotas oraciones, y si no lo habeis á enojo, hí le pie para el almuerzo.
Rod. Veo que si tomas parte en sus devociones, no vidas sus desayunos.
Dom. Suéleme decir que reza con mas fervor cuan estoy á su lado, y que almuerza con mejor apeti
Rod. (*Aparte.*) Este es mas suelto que el otro. Ha dado tres años al servicio de un canónigo. (*A D mingo.*) Y despues?
Dom. Le leí para edificarle un sermon del padre Fre neda... pero pésia mí...
Rod. Se durmió?
Dom. No, sino antes del Ave María...
Rod. Oh! qué, no le recordabas los grandiosos hech del reinado anterior?
Dom. Temí que el nombre de Francisco I despert en él sus antiguas imaginaciones marciales.

Rod. Francisco I sigue pues siendo su héroe? (*Aparte.*) Estraña fantasía en un hijo de Cárlos V. (*A Domingo.*) Y despues?

Dom. Acostóse como de costumbre al caer del dia, y reposó con un sueño tan tranquilo como su conciencia; díjome á la mañana que los ensueños que habia tenido hubieran honrado á un padre del yermo.

Rod. El gozo ha de matarme! Hace seis meses, Domingo, cuando don Juan parecia cuidar mas del mundo que de su salvacion, quién hubiera creido que habiamos de ver jamas tan milagrosa conversion? Modelo es de buena crianza. Da las llaves.

Dom. Aqui estan todas. (*Aparte.*) Salvo la buena.

Rod. Ahora no pudiera salir sin mi licencia.

Dom. (*Aparte.*) Pero entrará con la nuestra.

Rod. Podeis recogeros. Tomad para vosotros (*Les da dinero.*), y Dios os guarde.

Gin. Dios nos ayude.

Rod. No, no; no pecará por palabras de mas.

ESCENA II.

DON RODRIGO.

Estoy fatigado. (*Sentándose.*) Bueno será ver si no he perdido en el viaje alguno de mis papeles. (*Abre una cartera y saca algunas cartas, que recorre.*) Ah! La orden del rey don Felipe, que se niega á verme en Madrid, y me manda volverme al punto á Villa García de Campos, donde, á Dios gracias, ya estoy de vuelta.

"Ultimos consejos de Ignacio de Loyola á su amigo y señor don Rodrigo Quesada, del consejo que fue de S. M. el señor emperador don Cárlos V." La carta que aquel santo baron me escribió algunos dias antes de su muerte. Quién hubiera adivinado jamas cuando mandaba aquella compañía de Mi-

gueletes en el sitio de Pamplona que habia de verse un dia al frente de otra compañía, Dios me perdone, bien diversa, y que ha de venir á ser andando el tiempo un ejército, segun levanta gente para ella! Letras por cierto bien preciosas. Mal haya yo, si me canso jamas de pasarla y repasarla. (*Leyendo.*) "Os ocurre una dificultad, un escrúpulo de conciencia, mi muy caro hermano, tocante al hijo natural del emperador don Cárlos V el mancebo don Juan, nacido en Ratisbona el 24 de febrero de 1545, quien fue cometido á vuestro celo desde la edad mas tierna, y que pasa en la opinion de las gentes por hijo vuestro. En el caso, me decis, de que mi discipulo no fuese reconocido por el rey don Felipe, su hermano, á pesar de la palabra que delante de mí empeñó al emperador religioso actualmente en el monasterio de Yuste, debo ó no publicar la verdad? Distingamos, hermano mio; distingo..." Eh! Eh! Cuando cursaba en el colegio de Monteagudo á los treinta y cinco años ya era el escolar mas sutil para estos casos de conciencia... siempre cortaba el nudo con su *distingo*...

"Si don Juan estuviese aislado en el mundo, yo os diria: *hablad, don Rodrigo.* Pero se trata de un secreto que atañe á dos testas coronadas; no es posible, hermano, dar á luz las faltas de los grandes de la tierra sin grave escándalo de los pequeños. Considerad ademas cuán eminente riesgo corriérais vos mismo. Yo os propondria por tanto un término medio, que conciliase vuestros deberes con vuestro interes, cual sería acreditar el nacimiento de vuestro discípulo por medio de un instrumento que él pudiese hacer valer algun dia á su riesgo y peligro; esta medida os reportaria la doble ventaja de daros tranquilidad en esta vida, y de no intimidaros en la otra..."

Ya está hecho, ya está hecho; aqui está el instrumento. "Segunda dificultad tocante á la madre del mancebo don Juan. Veo que no sabeis á quién achacar esta debilidad, y que andais dudoso entre una real princesa de Hungría, una novilísima marquesa de Nápoles, y una humilde cuanto hermosa panadera de Ratisbona. Bien que fuese lo mas natural, mi muy caro hermano, designar la plebeya por caridad hácia las dos novilísimas señoras, apruebo con todo vuestra dificultad. Pero en tal caso os quedará el medio, tan conciliador como el otro, de dejar en blanco el nombre de la madre."

Es un portento para estas sutilezas. He seguido su consejo, vista la dificultad de acertar en medio de tantas fragilidades imperiales. En resúmen, del lado de la madre hay confusion, tropel: por lo regular sucede todo lo contrario. (*Guardando las cartas.*) Creo que reina la mayor tranquilidad en la cámara de mi discípulo. Se habrá recogido. Hagamos otro tanto.

ESCENA III.

DOMINGO. GINÉS. *Despues* DON JUAN. RAFAEL.

Dom. (*En voz baja.*) Entrad, entrad, señor don Juan: ha pasado á su cámara.

Juan. Lléveme el diablo! si ha vuelto, llego tarde.

Gin. Tarde?

Dom. Jura como un herege.

Juan. Como un devoto; á fé que vosotros, con toda vuestra devocion, no desconoceis ninguno de los siete pecados mortales.

Dom. Pero nos arrepentimos; si los buenos cristianos no pecasen, habria una multitud menos en la tierra.

Juan. Silencio, víbora! (*Corriendo hácia la puerta de su cuarto.*) Rafael, Rafael, soy yo.

Raf. (*Abriendo la puerta.*) En buen hora, señor don Juan; á no ser por un ardid de guerra, la plaza estaba tomada. Hemos parlamentado al través de la puerta. Pero, voto á Dios! la superchería no le va bien á un soldado viejo.

Juan. Toma ejemplo de Domingo: es oficio que no le cuesta, y que le vale. (*Sacando la bolsa.*) Toma, Ginés, por tu discrecion, y tú Domingo, por tus embolismos: insignes bribones, cobrais por dos lados vuestros leales servicios.

Dom. Dios nos dió dos manos, y usamos de ellas en obsequio vuestro.

Gin. En obsequio nuestro.

Juan. Esta es la primera vez que ha alterado el testo. Ea, id con Dios. (*Sacudiendo la bolsa vacía.*) Hé aqui dónde paran los dineros que mi buen padre me da para el rescate de cautivos.

ESCENA IV.

DON JUAN. RAFAEL.

Raf. Don Rodrigo puede alabarse de estar bien servido por cierto, y vuestra salvacion está en buenas manos. Vuestra señoría sin embargo me habia prometido volver mas pronto.

Juan. Hallára yo medio de separarme de ella! lo que me pasma aun no es el haberla dejado tan tarde, sino el haber tenido fuerzas para separarme de ella; y si no me entiendes, buen Rafael, tanto peor para tí. Será señal de que no has amado jamas.

Raf. Pluguiera á Dios!

Juan. Sí, á tu modo.

Raf. Si hay dos modos, vive Dios que era el mejor; pero no se me acuerda que el amor me hiciese faltar nunca de mi puesto; ni aun despues de la glo-

riosa jornada de Pavía, cuando hacíamos zafarrancho de las milanesas; y puedo jurar con tòdo á vuestra señoría que el dia de nuestra partida las morenas de aquella tierra no podian decir como nuestro prisionero: *Todo se ha perdido menos el honor.*

Juan. Oh! Francisco I! Gran rey, que admiro mas todavía por sus defectos que por sus raras prendas. Ese sabia amar.

Raf. Y se batia como un leon, *capo di dio!*

Juan. Parece que no se te olvidó todavía el italiano!

Raf. Par diez! Sé jurar en todas las lenguas: y es gran recurso en el estrangero.

Juan. Vive Dios que no lo haces mal en castellano; acuérdate sino del dia en que el viento jugando con el manto de doña Florinda dejó por primera vez su rostro á cubierto en el paseo, y nos mostró la mas peregrina belleza de que pueda envanecerse la Andalucía.

Raf. Cuerpo de Cristo! No os dije yo que era andaluza? Dónde hay ojos...

Juan. Y los suyos, Rafael! Oh! me enloquecen de amor y de placer.

Raf. A vuestra edad, señor, decia yo otro tanto. Pero adónde os llevará ese galanteo.

Juan. Galanteo, Rafael? Galanteo osas llamar al amor mas ardiente y mas puro que ardió nunca en pecho castellano? Cuál mayor prueba le pides á esa pasion que este mismo papel que me hace su violencia representar? Creiste por ventura que la hipocresía repugne menos á la fiera condicion de un hidalgo bien nacido, que á la llaneza de un soldado de los viejos tercios de Flandes y de Italia? Y con todo, para burlar la vigilancia de mi padre cedí á los malos consejos de Domingo.

Raf. No hay como un santurron para tentaros á pecar.

Juan. Yo compré los escrúpulos de su conciencia y imbécil aficion de Ginés. Yo revestí el esterior una vocacion que no tengo, pésia á mi alma; c bajo de esa máscara, que me lastima, supe enc brir...

Raf. Los paseos nocturnos, las serenadas... los et nos plantones al lado del poste de la iglesia.

Juan. Ah! donde le ofrecia el agua bendita... pe confiesa que jamas dedos mas hermosos de mug han desnudado el guante para tocar los de...

Raf. Los de caballero mas galan.

Juan. Mas enamorado, Rafael, mas enamorado. Cón pudiera tanta constancia no conquistarme su afect Cómo pudiera haberme negado la puerta de su c sa, á su vuelta de Madrid, adónde estuvo en poc que mi locura y mi desesperacion no la siguiese Si mas la vi, mas conocí que no me era posible pa sar sin verla. No hay otra doña Florinda; no es pasion quien me ciega: hay en ella, ora hable, or calle, un no sé qué, que me tiraniza y me encade na á sus plantas para siempre. Es forzoso, Rafae es forzoso que sea mia.

Raf. En buen hora, quién lo estorba? acabad una vez como yo empezaba siempre.

Juan. (*Con altanería.*) Será mi muger; nos ofendes entrambos.

Raf. (*Aparte.*) Tiene á veces un modo de mirar qu me impone.

Juan. Sí; y pues tengo su consentimiento, mañan mismo habré de ser dichoso.

Raf. Mañana! Reparad con todo en los obstáculos...

Juan. Me agradan los obstáculos. Una boda secreta ademas no presenta ninguno. A mal dar, si mi padre lo llega á saber, y me deshereda, tengo aun mi espada, de que me enseñaste á servirme. Ella bastará para conservar el lustre de un apellido que

die puede robarme, y para volverme los bienes
e la fortuna vária me arrebate. Ya hizo su de-
r la noche que encontré junto á la puerta de doña
orinda aquellos desdichados que se me antojaron
uaciles del santo oficio.

Mal año! nos las habremos con el inquisidor ge-
ral? Mejor quisiera habérmelas con el diablo!

. Porque no crees en él.

Sí creo; pero el diablo, señor, no quema mas que
muertos, y el gran inquisidor quema á los vivos.

Dices bien; pero qué te hizo ese papel, que tan
l le tratas?

No me acordaba: el pobre pagaba vuestras lo-
as. Domingo lo echó por debajo de la puerta. Esa
menos no pasará la visita de don Raimundo Ta-
, el director de Correos, y el hombre mas cu-
so del reino.

Con otras se desquitará.

(*Mientras que don Juan lee.*) Es una manera de
ifesor nombrado por el rey para toda la monar-
a. Bien se puede decir de nuestro soberano que
ı ese director de Correos sus humildes vasa-
no tienen secretos para S. M.

Convídame don Fernando Rivera á una ba-
ı, y en soto de S. M. En mala sazon por
rto.

Y en soto de S. M. Reparad, señor, que la úl-
a hubo de costarnos cara. Par diez! Mejor qui-
a haber muerto diez hereges en sus reinos que
liebre en sus sotos.

Necio estás! Si no fuera por el riesgo, quién iria
la pieza á correr el monte. El peligro, el pe-
o! Hé ahí el placer: en duelo, en batalla, en
ida, venga como bien le parezca, para mí será
npre bienvenido. Si hubiese nacido rey, Rafael,
iria estrecho en mis estados; no acertaria á

respirar anchamente sino en los de mis vec

Raf. Asi era yo en matrimonio. Vive Dios! Y el hijo de un señor tan pacífico abrigue sentin tos tan atrevidos!

Juan. Eso te asombra?

Raf. No sé qué fantasías se me pasan por la ca cuando veo un hijo que no se parece á su p Pero dame siempre tentacion de risa.

Juan. Escuchemos. No oiste ruido... Alguien lleg

Raf. A estas horas? Sí por cierto... llamaron.

Juan. Será don Fernando Rivera! Grande ind cion! (*Corriendo hácia la ventana.*) No; dos balleros que no conozco.

Raf. (*Que le ha seguido.*) Grán sombrero; capas das... figuras son misteriosas; alguna grave sita de don Rodrigo.

Juan. Cuidemos que no nos sorprendan aqui. V de esta pieza: ayúdame á vestir el disfraz de l cacion y á desnudar este trage. Tomemos un santo y bienaventurado.

Raf. Trabajo os mando!

Juan. (*Deteniéndose.*) Padre mio! Le engaño amo sin embargo. Ah! Rafael, si en vez de se dre, fuese tio...

Raf. Podria alabarse de tener por sobrino el pe mas incorregible de todas las Españas. Par di este entra jamas en un convento...

Juan. Será en un convento de monjas.

Raf. Ahí os seguiré, sor Juana.

Juan. Sí, fray Rafael; para absolverme de mi cados; no ha de faltarte tarea. (*Entrándose.*) tro, Rafael, adentro!

Raf. (*Siguiéndole.*) Lindo fraile habiamos hecho

ESCENA V.

ELIPE II. DON PEDRO GOMEZ. DOMINGO.

ecid á vuestro amo que el conde de Santa
quiere hablarle.
on Rodrigo llega ahora de un largo viaje; está
ido, y temo que vuestra señoría tenga mucho
guardar.
uardaré.
alvo sea el respeto que debo á vue señoría...
veis ya que aguardo?
ar diez! No parece con todo que le coge acos-
rado.

ESCENA VI.

FELIPE II. DON PEDRO GOMEZ.

Arroja su capa sobre un sitial, y se sienta.)
largas son las últimas leguas en un viaje.
omo todo lo que se desea ver concluir. Ya es-
, señor, en casa del antiguo criado de vuestro
to padre. Asómbrame que aquel monarca hu-
podido escoger semejante consejero.
estro asombro fuera justo si los reyes, cuan-
cogen un consejero, se obligasen á seguir cie-
nte sus consejos.
iscrecion, providad... convengo en ello.
eso es nada, don Pedro?
ero sin carácter.
s que tienen demasiado gustan de servirse de
ue no tienen ninguno.
n hombre á quien hace titubear el menor ries-
quien desconcierta el primer obstáculo, harto
ncido de su destreza para no ser fácilmente

engañado... tan alta reputacion, en fin, y t
merecida... eso es, señor, ganar en juego si

Fel. Parécese á otros muchos á quienes engra
mano que los mueve; y si esta los suelta,
des que parecian, caen en el abismo de
dianía.

Gom. V. M. hace el retrato de sus ministros
preguntar á V. M. si la profunda meditacion
le veo sumergido... acaso el jóven don Juan

Fel. (*Levantándose.*) Oh! el fastidio me p
puedo permanecer en un sitio. Por qué
visto? Ah! Por qué la habré visto? Tú fuis
me dijo en el soto de Manzanares: "Mira
ñor, qué gentil belleza."

Gom. Señor, su recuerdo persigue todavía á V

Fel. No, no; no pienso ya en ella; no quier
en ella... como deciais, don Juan llenaba m
miento.

Gom. La fuerza de la sangre habló tal ve
corazon de V. M. se conmueve en el punto
va á decidir su suerte.

Fel. Y qué especie de sentimiento me pudiera
ver? Héle por ventura conocido bastante pa
rerle? Dióme acaso ocasion de aborrecerl
bien me hizo? Y cuáles pudieron ser sus
contra mí?

Gom. Uno cometió, señor, uno solo.

Fel. Y cuál?

Gom. El de haber nacido.

Fel. No gusto de que adivinen mis pensamient
por la salvacion de mi alma os juro que dec
Ese es su delito; la misma sangre corre e
tras venas. Holgábame de ser solo... pero en
palabra, prometí sobre los santos Evangeli

Gom. Roma en la tierra puede dispensar de to
mento...

na! Me humillo ante el poder de Roma, pero
no hace nada de valde.
erdad profunda!
é á don Juan: leeré en su alma; si es quien
er, le reconozco, y el celibato voluntario se-
á bajo las dignidades eclesiásticas su nacimien-
; pretensiones y su posteridad. Pero si sor-
) en él la menor inclinacion á las pompas y
es del siglo, si el espíritu de rebelion le ani-
e olvido; y á poco que hubiese penetrado el
io de su cuna... Dios me inspirará!
ıtiendo.
pudiera sacudir otros recuerdos tan fácilmen-
no el suyo! Habré hecho por ella lo que por
ıa otra muger. Dos veces la seguí encubierto
de un disfraz: me confundí entre la muche-
e para no perder su huella, y todo por tus
os, y todo en valde.
diera yo creer, señor, que aquella jóven don-
ó aquella viuda, pues que aun ignoro su esta-
e escapase á mis pesquisas?
lutos os engañaron: oh! no, no es viuda: es
elleza en el candor de la primera edad. Viuda!
atarian los zelos del tiempo pasado... pero por
e hablais siempre de ella, don Pedro?
M., señor, fue quien primero...
hay pendiente ningun negocio, ninguna no-
que pueda ocupar mi pensamiento?
ıa sola, señor, tocante á la fé.
a fé? Hablad, hablad.
e escriben que en uno de los valles del Pia-
varios vasallos de V. M. han sido sospecha-
: heregía. Hé aqui la contestacion.
! es larga, demasiado larga. Nada de proceso;
ıteria de religion, don Pedro, no cabe dis-
, sino sentencia: no es menester un juez;

sobra con un verdugo. Larguísima, os lo

Gom. Dicte V. M.

Fel. Cuatro palabras: "*Todos á la horca.*"

Gom. V. M. ahorra mucho trabajo á su secreta

Fel. Un sacerdote para asistirlos en el artícul
muerte, si se muestran arrepentidos; si
discutir, el verdugo.

Gom. Con razon se dice que V. M. es el mas fir
yo de la fé católica.

Fel. El cielo me sería tal vez deudor de una
pensa. Pero quién sabe, Gomez, si no ser
instrumento de su misericordia. No me has d
mi tormento tendria fin aqui? No traes infor
guros? No crees que habita en Toledo? Es
ó es falso?

Gom. Yo asi lo creo, señor, y esta noche alg
mis gentes han debido hacer pesquisas pa
cubrir su morada.

Fel. Lógralo, Gomez, y mi gratitud no rec
límites; porque quiero descubrirte las flaqu
das de mi corazon: esa muger me persigue
angel malo, es un sueño que me devora; es
seido de ella. Su imágen se interpone entre
Dios mismo que me escucha... hoy mism
tambien he omitido mis oraciones. Oh! no;
tado no puede ser duradero, porque es into
haria peligrar mi vida en este mundo y mi e
en el otro: de tí dependen, Gomez, mi vi
ventura. Haz que yo la vuelva á ver, y
grandezas, todo es tuyo. Te cubrirás delant
te verás tuteado por el duque de Alba...

Gom. Que con tanto placer me repite un *vos*
palabra; ó esa muger no existe ya en la t
habré yo de encontrarla.

Fel. Id con Dios; oigo á don Rodrigo; triunfa
Pedro, y recordad las promesas de vuestro

parte.) Vanidad humana! Va á revolver la tierra, odo por oirse tutear de un hombre á quien detesta.

ESCENA VII.

FELIPE II. DON RODRIGO.

El señor conde disculpará mi tardanza... Qué ! Es V. M? (*Poniendo una rodilla en tierra.*) M. se ha dignado...

Alzad. Deponed el respeto debido á la mages- : el rey le renuncia, y el conde de Santa Fiore tiene derecho á él. Habeis pasado á Madrid, y eis hecho mal.

Pero señor...

Con impaciencia.) Mal, os digo, muy mal. No he idado nada. Venir á recordarme una promesa, es oner... que he podido...

Lejos de mí, señor, tal pensamiento. Ruego á stra... á vuestra escelencia, que vea una discul- de mi yerro en el afecto que profeso á mi dis- ulo.

Estais perdonado. Espero que habreis guarda- el secreto.

Con escrupulosa lealtad.

Que habreis ejecutado puntualmente mis órdenes.

Al pie de la letra; y el cielo ha querido que el o sobrepujase á mis esperanzas. Puedo sin vani- presentaros, señor, en don Juan un modelo de nza cristiana.

Mucho decis.

Un mancebo piadoso, asi desprendido de las va- ades del siglo, como poco apegado á sus place- Consume las noches y los dias en la me- cion, la pension que le dais en limosnas, y tiempo en oraciones; en él se funden en fin la idez de una vírgen, y el fervor de un cenobita.

Fel. Es decir que es el mejor cristiano del reino.

Rod. (*Inclinándose.*) Despues de S. M.

Fel. Y del obispo de Cuenca, espero.

Rod. (*Inclinándose de nuevo.*) Despues de S. I
del confesor de S. M. Es tanto, señor, que
que los honores y dignidades de la iglesia q
estan reservados ofendan su humildad: tal
vocacion por la oscuridad del claustro.

Fel. No hay mal en eso. Si lo que decis es ci
como creo, voy á reconocer y á estrechar en
brazos á un hermano; pero quiero antes juzg
su verdadero estado por mí mismo.

Rod. Bien podeis, señor, desde este punto. A
quiera hora que se le sorprenda se le hallará
pado en sus deberes religiosos.

Fel. Vale mas que yo entonces. Me recordais,
Rodrigo, que hoy no he cumplido con los
Grave penitencia es acusarme delante de vos de
omision; hágolo por tanto humildemente; perc
caminadme a una pieza retirada donde pueda
germe en el Señor, y reparar mi falta.

Rod. Permitid, señor, que os preceda...

Fel. No; quedaos; preparad el ánimo de vuestro
cípulo para recibir al conde de Santa Fiore,
persona que de hoy mas tendrá derecho sobre e
una palabra mas. Tocante á su vocacion p
claustro, desde hoy, quiero que quede satisf
podeis anunciárselo.

Rod. Puesto que rehusais, señor, mis humildes s
cios... (*Llamando.*) Domingo! (*A este, que en*
Conducid á S. E. al estremo de la galería
oratorio de don Juan. (*Al rey.*) Allí os v
rodeado de los objetos de su diaria veneracion.
acompaña, inclinándose repetidas veces.)

Fel. Está bien, señor don Rodrigo, está bien. B.
(*Con intencion.*) Sobra!!

ESCENA VIII.

DON RODRIGO. *Despues* DON JUAN.

d. Llegó el dia grande! Libre ya del peso de un secre-
o de que siempre recelé, mis sueños volverán á
ser tranquilos. Mi discípulo subirá á ocupar el alto
puesto que le es debido, y yo volveré á la repo-
sada posesion de mi retiro. He de llorar de gozo.
(*Abriendo la puerta de don Juan.*) Don Juan, mi
querido don Juan, salid... venid presto!
an. Padre mio; cuán dichoso me hace vuestra pre-
sencia!
d. Mas dichoso es quien puede estrecharos en sus
brazos y anunciaros una nueva que ha de colmar
vuestro gozo.
an. Qué nueva?
d. El mas ardiente de vuestros votos va muy pron-
to á realizarse: dentro de algunas horas entraréis
en el monasterio.
an. En el monasterio! dentro de algunas horas! Y
esa resolucion es irrevocable?
d. Tanto, hijo mio, que ni consideraciones de ter-
nura, ni poder humano fueran bastantes á removerla.
an. En tal caso, es forzoso deciros toda la verdad.
Cansado estoy ya ademas del papel que me impuse,
y de la máscara importuna: tiempo es ya de des-
nudar apariencias mentidas que me envilecen á mis
propios ojos.
d. Qué hablais de máscara y de apariencias...? Qué
quereis decir, don Juan?
an. Que os engañaba, padre mio.
d. Vos?
an. Hace seis meses que os engañaba: ese fervor que
hizo vuestro asombro, esa piedad acendrada, todo

era, señor, mentira. Amo la libertad con la n
ma vehemencia con que aborrezco la estrecha
clavitud del claustro: sí, la amo con frenesí, sin
mites. La vida me es menos grata que la liber
el aire que respiro es menos necesario á mi exist
cia. Considerad, pues, ahora que si he podido
millarme hasta mentir por gozar de ella en secr
todos los suplicios del mundo no me harán v
lar para defenderla á viva fuerza.

Rod. Qué escuché...? Vos, don Juan! Dios mio!

Juan. Perdon, padre mio, mil veces perdon!
Creed, señor, que esa odiosa industria repugn
mas todavía á mi ternura filial que á mi orgullo
hombre. Pero por qué pedirme virtudes superior
mis fuerzas? Nada, señor, mas respetable que
ministro del Altísimo, digno de tan sublime mis
Asi son tan raros, padre mio; pero yo siento
mí la imposibilidad de imitarlos, y la necesidad
deciros en medio de mi desesperacion: "Soy in
paz, señor, de tanta virtud; no puedo, padre n
no puedo!!"

Rod. Oh! moderaos por Dios, don Juan, yo os lo
plico: no incurrais en la exageracion: la iglesia,
dre prudente, no exije de sus hijos todos iguales
crificios. Los hay predestinados por ella á los ho
res, y aun á la gloria. Habré de citaros el ejem
de nuestro inmortal cardenal Jimenez? Y toca
á los placeres inocentes del mundo, puedo afir
ros que conocí en Roma muchos de sus cole
que no se privaban de ellos, que vivian de todo
todo como vos y como yo, y sin que fuese
visto.

Juan. Como vos, padre mio, es posible; pero cómo
ah! Pretendeis, señor, que introduzca yo en
claustro desórdenes apenas tolerables en vue
casa? Quereis que encubra bajo el hábito mona

lo que era solo flaqueza en mí, y lo que sería crimen en él?

Rod. Cielos! Don Juan, qué intenciones me suponeis?

Juan. O habria de luchar de contino con pasiones que jamas sofocaré, y doblar la cerviz á una obediencia ciega, á cuya sola idea todo mi ser se rebela. El último grado de la infamia ó de la desdicha; hé ahí lo que me proponeis. Oh! no, no; vuestro corazon de padre se conmoverá; jamas lo permitireis.

Rod. El asombro me embarga la voz.

Juan. Y por qué lo permitiriais? Qué razon, que no penetro, os lleva á sacrificar vuestro hijo único, el único heredero de vuestra casa? O me juzgais por ventura indigno de sucederos. Ah! desengañaos, señor, un porvenir brillante me espera acaso: siento en mí un deseo insaciable de gloria y de felicidad que no me engañará. Seré el orgullo de vuestros ancianos dias. Padre mio, os sentireis rejuvenecer algun dia entre mí y una muger digna de mi amor y de vuestro cariño.

Rod. Una muger!

Juan. En el seno de una familia nueva, de mis hijos; sí, de mis hijos, que no os amarán menos que yo.

Rod. Una muger! De sus hijos! Dios de bondad! Habeis perdido la cabeza, don Juan?

Juan. Ah! me arrojo á vuestras plantas... dadme á besar esas manos que tantas caricias me prodigaron, que tantas veces me bendijeron.

Rod. Me espanta y me enternece á un mismo tiempo.

Juan. No las retireis de mí, dejad que mis lágrimas las rieguen. Ah! Padre mio, llorais...? No pronunciaréis la sentencia de mi muerte, no mataréis á vuestro hijo...

Rod. (*Llorando.*) Mi hijo! mi querido hijo...! Ah Don Juan, no soy vuestro padre.

Juan. (*Que se levanta.*) He oido bien? no sois mi padre

Rod. Don Juan, habeis salido de una casa mas ilustre que la mia, y el que os dió el ser...

Juan. Quién es? Dónde está? Hablad, presto, responded.

Rod. Ah! Don Juan, no pertenece ya á este mundo (*Aparte.*) Puedo afirmarlo sin mentir.

Juan. Le perdí!

Rod. Pero transmitió sus derechos y su autoridad entera al conde de Santa Fiore, que acaba de llegar, y á quien vereis dentro de poco. Nadie puede, sino él descubriros el secreto de vuestro nacimiento; es un señor poderoso, respetable, y cuyas órdenes deben ser para vos sagradas.

Juan. Vos no sois mi padre! (*En el colmo de la alegría.*) Con que soy libre?

Rod. No por cierto. (*Aparte.*) Y el rey que puede sorprendernos de un momento á otro!

Juan. (*En el mismo tono.*) Soy dueño de mis acciones

Rod. Aun menos. Yo que creí calmarle...!

Juan. De hoy mas puedo hacer, podré decir cuanto me ocurra.

Rod. Guardaos bien. Respetad al conde de Santa Fiore; en ello va vuestro porvenir, vuestra fortuna.

Juan. Mi libertad antes que todo.

Rod. Vuestra vida...

Juan. Antes que todo mi libertad! Jamas fui mas dichoso! (*Abrazando á don Rodrigo.*) Si supierais cuánto os amo desde que no es deber el respetaros.

Rod. Perdió el seso. Por Dios, moderaos, hijo mio: no le opongais una resistencia prematura... ganemos tiempo al menos; por piedad, fingid... (*Viendo al rey.*) Cielos! él es! Buen modelo de virtudes cristianas le presento!!!

ESCENA IX.

DON RODRIGO. DON JUAN. FELIPE II.

Fel. Este es vuestro discípulo, señor don Rodrigo?

Rod. Este es, señor conde, el jóven... el mancebo don Juan que... (*Aparte.*) No sé lo que me digo. (*Al rey.*) Vuecelencia me encuentra conmovido... la idea de una separacion nos ha enternecido á tal punto á uno y á otro...

Fel. Lo comprendo. (*Aparte examinando á don Juan.*) Mucho se parece á mi padre! mas que yo: esta semejanza me ofende.

Juan. (*Aparte mirando al rey.*) Severo gesto el del conde! no me agrada!

Fel. (*A don Rodrigo.*) Si gustais dejarnos juntos...

Rod. Vuecelencia no se sorprenderá si en el punto de partirse manifiesta en su conversacion un pesar...

Fel. Es natural.

Rod. Si gustais que yo me quede, podré esplicaros...

Fel. Quiero que se esplique él mismo; de su boca quiero conocerle.

Juan. (*Aparte.*) En dos palabras lo conseguirá.

Rod. Me retiro: (*Bajo á don Juan.*) don Juan, por piedad no le opongais resistencia.

Fel. (*Con firmeza.*) Dejadnos; don Rodrigo, yo os lo ruego.

Rod. Obedezco. (*Aparte.*) Ya estan uno en frente de otro. Dios nos ampare!

ESCENA X.

DON JUAN. FELIPE II.

Fel. (*Aparte.*) Por mas hábil que sea, he de descubr

el último doblez de su corazon. (*A don Juan, sentándose.*) Acercaos. (*Don Juan va á tomar un sitial y viene á sentarse á su lado.*)

Fel. (*Despues de haberle mirado un instante, aparte.*) Sea: no me conoce. (*Alto.*) Mucho bien me dijeron de vos, señor don Juan.

Juan. Quisiera yo mejor, señor conde, que os hubieran dicho un tanto de mal; me sería mas facil entonces dejar airoso el concepto que de mí teneis formado.

Fel. Eso es humildad. Y una de las virtudes por cierto que deseaba yo mas ardientemente hallar en vos.

Juan. Sois cortés; tengo mas de franco que de humilde.

Fel. Prenda es esa de que mucho gusto tambien, y quiero ponerla á prueba. Habeis meditado mucho, don Juan...

Juan. Yo...!

Fel. Mucho, lo sé. Decidme, cuál ha sido el resultado de vuestras meditaciones? á qué carrera os inclina mas particularmente vuestra aficion? Confesadme los planes que en vuestros ratos de soledad habeis formado para vuestro porvenir, y hasta los mas íntimos sentimientos de vuestra alma generosa. Esplicaos sin disfraz.

Juan. Nada os quedará que desear. Partamos de un punto, si os place; en la vida no hay mas que tres cosas: la *guerra*, las *mugeres*, y la *caza*.

Fel. Cómo? Repetid; he oido mal sin duda.

Juan. O las mugeres, la caza y la guerra; en el orden que os parezca, con tal que no falte nada.

Fel. Me respondeis seriamente?

Juan. Tal cual me preguntais: no puedo decir mas.

Fel. Al menos confesareis que esa es singular disposicion para entrar en el convento.

Juan. Asi es, que no se me pasa tal idea por la ima-

inacion, y primero pegaria fuego á todos los conentos de España, que hacer mis votos en ninguno e ellos.

. (*Levantándose rápidamente.*) Misericordia! Qué ocacion!

an. (*Con calma, y dando con el dorso de la mano en l sillon del rey.*) Sentaos, sentaos pues. Es la mia; ocacion á la rebelion contra todo lo que pueda coarar mi independencia ó mis placeres; vocacion de cuerpo y de alma para todo cuanto puede hacer dulce ó gloriosa la vida.

l. En tal caso, don Rodrigo se ha burlado de mí.

an. No tal; burlarse el buen señor! Yo soy quien le he burlado á él, y de ello me acuso con esa misma humildad que os agrada, y esa franqueza que os es particularmente grata.

l. (*Con severidad.*) Señor don Juan! (*Aparte sentándose.*) Pero sigamos hasta el fin.

uan. Paréceme haberos procurado cuantos datos necesitabais acerca de mis principios: añadiré á esto que á la presente estais mas adelantado que yo en mis asuntos propios, puesto que sabeis quién soy, y que yo lo ignoro. Dignaos, pues, instruirme, á fin de que pueda yo conocerme por lo menos tan bien como me conoceis vos mismo.

el. Vuestro padre al revestirme de su autoridad sobre vos, impuso á la revelacion de ese secreto condiciones...

uan. Que adivino, y que os dispenso de referir; pero mi padre no sería un déspota.

Fel. Qué sabeis?

Juan. Estraño modo de hacérmele querer!

Fel. Acaso tenia derecho para serlo.

Juan. El rey mismo no lo tiene. Si mi padre viviese todavía, él, de cuya autoridad se trata de abusar, él mismo se avergonzaria de convertirla en tiranía.

Fel. Se os ha dicho que ya no vivia.

Juan. Por mi desgracia; pero muerto él, no soy de dor á nadie del sacrificio de mis inclinaciones y mi dignidad.

Fel. Quiero recordaros con todo que pende de vos ser alguna cosa en el mundo, ó el quedar sumi en la nada.

Juan. Y yo os repondré que no permanece hombre nada, quien nació hombre de corazon. La mas ilu tre cuna no vale el precio á que me quieren vend la mia. De qué se trata? De una herencia que me niega? Me pasaré sin ella. De un nombre q quieren venderme caro? Con mi sangre granjea otro mas barato. Hablad pues ahora, si os plac No quereis? Sois libre, pero acabemos. (*Levantá dose.*) Y á Dios, conde de Santa Fiore. El homb de la nada no ha menester de vos para llegar á s alguna cosa.

Fel. (*Con calma.*) Sentaos ahora vos, sentaos, y de partamos sin enojos. Es pues invencible vuestra in clinacion á las armas?

Juan. Invencible; soy castellano; harto os digo. Til dadme de ambicioso; no lo niego; lo soy. Hace mofa de mi orgullo; os doy licencia: porque á pe sar de la nada en que estoy sumido, paréceme qu nací mas para mandar que para obedecer. Sabr con todo ser soldado; pero sois poderoso, y si m padre con su autoridad os hubiese transmitido juntamente un resto de su ternura, no llevaria el mosquete largo tiempo.

Fel. Verdad es que yo pudiera adelantaros en las armas.

Juan. (*Apretándole la mano.*) Hacedlo, pues; qué aguardais? y contad para siempre con mi agradecimiento.

Fel. (*Que retira suavemente su mano, sonriéndose.*) No

peño mi palabra, pero tampoco digo que no.

Eso ya es algo. Vuestra severidad pone mas de z años entre nosotros dos; pero si yo estoy en edad de los devaneos, vos estais todavía en la d en que se perdonan; siempre presumí, se- conde, que dos jóvenes acabarian por enten- se.

Pero habéisme abierto vuestra alma de par en ? Decidme, el amor de la libertad es el único or que os aleja del claustro? Os lo pregunto á r de amigo.

Antes de responder á esa pregunta, muy amis- a por cierto, de buena gana os haria yo dos, no nos amistosas en verdad.

Y cuáles?

Habeis amado vos, conde de Santa Fiore?

Cierto que sí.

Y amais todavía?

Enhorabuena; os lo quiero confesar; amo toda- , y acaso mas que quisiera.

Amais! hé ahí el lazo que nos acaba de estre- ar. Yo tambien, señor conde, amo á la mas her- sa, la mas digna, la mas perfecta muger que hay la tierra.

Mejorando la mia, don Juan, si no lo habeis enojo.

Enhorabuena; quiero desde ahora dar por sen- lo que ninguna de las dos es menos perfecta que otra; pero estoy cierto que si no participais mis sentimientos hácia la mia, no podreis al nos cerrar las puertas á la admiracion.

Aun para eso sería forzoso conocerla.

Mucho pedis. Con todo, escuchad: tan ciega nfianza tengo en el imperio que ejerce sobre cuan- s pueden verla y oirla, que consiento en que vol- mos á las pasadas condiciones. Hagamos un pacto.

Si aprobais mi eleccion, dareis vuestro cons
miento á un proyecto de que mi dicha depend
me direis el secreto que anhelo saber. Emp
vuestra palabra.

Fel. La empeño...! Sí, apruebo vuestra eleccion
cuándo la he de ver?

Juan. Hoy mismo, y en su posada. No hay emba
Soy mayor. Si logro vuestro asentimiento será
mí ocasion de dicha y de orgullo; si no lo logro
antemano os prevengo que tomaré el partid
pasarme sin él, mal mi grado, por supuesto; pe
os turbeis, conde, que no habeis de poderle
sistir.

Fel. Asi os lo deseo.

Juan. Vivo de ello seguro, y quiero anunciarle v
tra visita. Despues de los oficios, adonde va
los dos, ella por Dios, y yo por ella, venid, s
place, y si otra cita no se opone, venid á bus
me á su posada: una casa nueva que vereis á la
trada de Toledo, el quinto balcon despues d
iglesia de San Sebastian...

Fel. Os prometo no hacer falta. (*Aparte.*) Mi p
al menos no podrá decir que no obré en todo
cienzudamente.

Juan Á mas ver, pues, en casa de doña Flori
Hoy comienza, conde, nuestra amistad, y y
hablo con el corazon en la mano; os quiero
como á un hermano.

Fel. Deprisa vais en afecto.

Juan. Es condicion mia. Que he de amar ó aborr
del primer movimiento.

Fel. Yo no hago lo uno ni lo otro sino con b
razon.

Juan Sois cortesano y yo no. (*A don Rodrigo,*
entreabre la puerta tímidamente.) Entrad; no
siempre mi padre? Entrad, no cometereis indiscre

ESCENA XI.

DON JUAN. FELIPE II. DON RODRIGO.

rtado.) Me atreveré á preguntar á vuecelen-
está satisfecho.
doy mil parabienes, señor don Rodrigo.
lgo habria que decir; pero el conde es in-
ite, y ha tomado como prudente el partido
ebia tomar.
rá posible?
lo menos me decidiré en todo el dia; pero
ios de importancia me llaman á otra parte:
e licencia que os deje.
onocemos la importancia de vuestros graves
ios; sabemos, señor conde, que no admiten
cion.
l don Rodrigo.) Espero volver á veros en un
á que me ha citado vuestro discípulo.
haré falta.
n casa de una persona que os ha de asombrar.
ñor conde no hizo sino prevenirme...
renuevo mis parabienes, don Rodrigo; vues-
scípulo os honra.
uecelencia me lisonjea.
mas ver, señor don Juan.
Le oprime la mano, y acompañándole.) Á mas
querido conde.
Aparte.) Le trata como á compañero.

ESCENA XII.

DON JUAN. DON RODRIGO.

Echándose en brazos de don Rodrigo.) Permitid

que os estreche en mis brazos: todo salió á del deseo. Pero á Dios quedad.

Rod. Esperad; os dijo quién sois?

Juan. (*Volviendo.*) Aun no; prestadme vos e vicio.

Rod. Qué es lo que me pedis, hijo mio? He em mi palabra, no es posible.

Juan. Decidme al menos el nombre de mi mad

Rod. Ah! En cuanto á vuestra madre, soy m vidor vuestro, pero...

Juan. Como gusteis. El conde no hace tant terios, y hoy mismo me lo ha de revelar t casa de ella.

Rod. De quién?

Juan. De vuestra nuera.

Rod. Cómo?

Juan. Que estais de boda.

Rod. De boda? Yo, don Juan?

Juan. Par diez! mi buen amigo, no es por ci vuestra, pero la mia.

Rod. Os casais!

Juan. Y espero que él será uno de los testigos, el otro.

Rod. Qué me proponeis, don Juan? Mucho m rais.

Juan. Ni mas, ni menos que á él.

Rod. Yo he de perder el seso: y el conde os su consentimiento?

Juan. Poco menos: es muy gentil hombre, y hemos de ser amigos íntimos. A Dios, señor; á esperaros en casa de doña Florinda. Raf dará las señas de su posada.

Rod. Cómo Rafael? engañarme despues de vein en mi casa!

Juan. Por afecto hácia mí.

Rod. Y Domingo tambien...?

'or interes.

Ginés, tal vez...

)e necio: perdonadlos; si me conservais afecto,
ad que fueron ocasion de mí contento.

humillacion! Mis tres criados! Se dirá que
ntiguo consejero despues de una vida entera
ımida en habérselas con los mas diestros, acabó
er juguete y escarnio de tres imbéciles!

Respetable don Rodrigo, calmaos: no hay es-
como un necio para el hombre de ingenio, si
nfianza le ciega sobre todo. Quedad con Dios;
á tomar mi espada, y vuelo á las plantas
oña Florinda.

ACTO SEGUNDO.

Casa de doña Florinda: cámara alhajada á la m

ESCENA PRIMERA.

DOÑA FLORINDA. (*Acaba de vestir el trage de* DOROTEA.

Dor. Nunca mas bella (*Haciéndose atras pa la.*) ni mas apuesta.

Flo. Dí, nunca mas dichosa, Dorotea.

Dor. Qué va á decir don Juan, el que os v tan hermosa con los lutos?

Flo. Con todo, estaba bien triste entonces; mi padre acababa de dejarme sola en el mundo.

Dor. Conmigo.

Flo. Sí, contigo, mi segunda madre, que no h sado de velar sobre mi felicidad, que has mantenerme en la fé de mis mayores, á esa fe he jurado eterna fidelidad entre los brazos de dre espirante.

Dor. Y bien os avino. El Dios de Jacob os gal enviándoos un esposo de prendas tan vent mozo, galan, bien parecido, hidalgo ademas los hidalgos, y no en fin de esos que en estos pos afectan un esceso de religion mas cruel propia impiedad.

Flo. Ah! Por qué ha de querer mi desdicha q sea en él un mérito á mis ojos?

Si no tuviera mas que ese, señora, yo os com-
deciera; pero generoso, cuanto noble y valiente
mo los macabeos; desde nuestro viaje á Madrid
convencí de la falta que os hace un protector.
Ese viaje tú le dispusiste.
Cierto: no se habia de hacer nada para recobrar
sesenta mil doblas prestadas al emperador Cár-
V por vuestro padre, y...
Qué esperanza podiamos abrigar? despues, sobre
do, de su abdicacion.
En buen hora que abdicase su corona... pero sus
udas! no podriais escribirle á su retiro? profesa-
buen afecto á vuestro padre, y aunque fraile,
ién sabe si no sería agradecido?
(*Sonriéndose*) Piensas que un fraile ha de ocu-
rse de intereses de este mundo?
(*Arreglando las flores del peinado de su ama.*)
ndas flores! Qué bien van á vuestro rostro! cuán
escas y cuán lozanas!
Pero falsas, Dorotea.
Tanto mejor; eso mas tardarán en marchi-
rse.
Falsas como mi nombre, como mi dictado, co-
o las ofrendas que tributo á Dios en los templos
los cristianos.
Bien podeis hacer sin escrúpulo lo que el noble
en-Jochai, vuestro padre, hacia antes que vos:
go noble, porque lo era de corazon; pero caste-
no en la iglesia, bajo el nombre de Sandoval,
dío en su casa con el suyo propio, supo vivir
paz con la inquisicion, sin poner contra sí el
ios de Israel. Hizo bien en abjurar; todo era una
striccion mental mas ó menos.
Pero engañar al objeto de nuestro amor!
Volveis á esa fantasía!
Oh! siempre, siempre! al lado suyo, y lejos de él,

esta idea me persigue como un remordimiento de veces quise confesárselo todo: detuviéronme veces tus razones: selló mis labios otras el t de verme desdeñada.

Dor. Qué importa que os quiera bien bajo el no de doña Florinda ó bajo el de Sara...

Flo. Sara...! ese nombre fatal...

Dor. Os sonrojaria...?

Flo. No á mí; pero no quiero que tenga que sonr le á él.

Dor. Razon de mas para ocultarlo.

Flo. Oh! no; hoy mismo lo sabrá.

Dor. Guardaos bien de tal cosa: no habeis cr como yo el Zocodover de Toledo: no habeis los aprestos del auto de fé que ha de verifi dentro de tres dias. Sabeis que sois perdida. sois muerta, mi querida Sara, sí, y crueln muerta, por poco que os sospechen de judaism

Flo. Y quién habia de denunciarme? Bien pu don Juan dejarme, pero venderme!! No lo pens Dorotea...

Dor. No, por vida mia!

Flo. Todo lo sabrá.

Dor. Aun? Qué haceis?

Flo. Escribir á don Juan.

Dor. Para qué, si le habeis de ver?

Flo. Y tendré ánimo para hablarle?

Dor. Daos priesa, pues... (*Yendo hácia la venta* Oh! daos priesa, que él propio viene hácia parte. Él es!

Flo. (*Levantándose.*) Don Juan?

Dor. El mismo; viérasle correr! Ya llega; há seña de bajar: gran muestra de gozo da su rost

Flo. Dorotea, debo acabar esta carta?

Dor. Ah! no, no... corro á abrirle, y os le traigo

ESCENA II.

DOÑA FLORINDA.

dar con todo un secreto que ha de amargar su
ha eternamente! por un punto de flaqueza, un
licio de todos los dias, de toda la vida! Oh!
; imposible. Pero si en el esceso de su amor...
! esta idea me quita la respiracion. (*Mirando al
ejo.*) Paréceme sin embargo que no se ha perdi-
todavía...! Si pudiese hoy parecerle mejor que
nca! ah! cobremos ánimo... aun espero!!!

ESCENA III.

DOÑA FLORINDA. DON JUAN. DOROTEA.

. Llego, por ventura, tarde?
Y cuándo no, don Juan?
. Si he de dar crédito á mi impaciencia, decis-
por mí ó por vos?
Por entrambos.
. Oh cuánto es dulce el oirlo! Cielos! no hableis
s: dejadme, señora, que os contemple.
Y bien, señor don Juan? Esa es obra de mis
nos.
. Y de su belleza mas. Mas hechicera que nunca.
quedais, Dorotea?
Empezais? Me sentaré á esta parte: pondré mis
s en la labor, y el pensamiento á mil leguas de
ui. Os estorbo aun?
No es mi segunda madre?
. Pues lo quereis... oh! y hoy confieso que lo ha
recido, si bien para embelleceros poco ha teni-
que poner de su parte.

Flo. Al menos le habeis dejado el espacio.

Juan. Todavía? Sois injusta y cruel. Cosas han p do hoy en casa de don Rodrigo, que á sabe vos disculpariais mi tardanza. Ni espacio tuve acudir á San Sebastian á deshacer la orden que bia dado.

Flo. Qué decis?

Dor. Don Juan!

Juan. Sí, mi bien; no mas misterio! nuestra boda será ya secreta, sino en el altar mayor, con p pa y con ceremonia.

Flo. Consintió por fin don Rodrigo? Podré mostra al público ufana con vuestro nombre?

Juan. Mi nombre, hermosa Florinda! ah! nada d como podéroslo ofrecer; pero al haceros ese c ignoro, por vida mia, si es rico ó pobre el pres te que os hago.

Flo. Cómo pues?

Juan. No soy hijo de don Rodrigo, y quién sea padre lo ignoro.

Flo. Hablais de veras?

Juan. De mí pende creerme un gran señor, segun cen, hasta llegar á ser un eminentísimo; perc que hay de cierto es que en el punto en que os blo, no soy nadie. Ved, señora, si confié cie mente en vuestro amor. Vine tan tranquilo com me fuera dado poner un reino á vuestras plan y en todo no puedo ofreceros sino la mano de jóven sin fortuna, sin familia tal vez, y cuyo ú co derecho á vuestra preferencia es un amor hará la dicha ó la desdicha de su vida.

Flo. (*Levantándose.*) Eso me basta: en vos no qu bien, don Juan, sino á vos mismo: yo sola os viré de familia; y tocante á bienes de fortuna, tengo yo demas para los dos? El resto qué os porta?

n. Ah! no me engañé, Florinda, generosa Florin-
a. Qué diera porque pudiera oiros en este instante
l conde de Santa Fiore?
. Quién decis?
n. Un severo personage, á quien debo, dicen,
n respeto filial: representa para mí á mi padre di-
unto, y de buen grado reconozco en él su auto-
idad.
. Vos?
n. Con tal que use de ella como mejor me con-
enga.
r. Eso es otra cosa.
n. Lo espero aqui.
. Aqui?
n. El ha de ser uno de mis testigos, y acaso el
nas importante. Su poder es mucho con el rey, y
vos deberé el secreto de mi cuna, que él solo
uede revelarme, y su apoyo, que me tiene prome-
ido.
. Á mí?
n. No os costará nada, bien mio. Basta con agra-
larle.
. Cielos! Qué decis?
r. Un amigo del rey será devoto.
n. Sí, devocion de corte: sutil y acomodaticia.
Hacedle buen recibimiento, granjead su afecto, y
ada habré de temer por mí: solo temblaré por su
ama, que es tambien enamorado.
r. No sois, par diez, zeloso, don Juan. Ah! mi
uen Daniel de otra suerte me hubiera hablado de
n estraño el dia de nuestras bodas.
n. Tenia por nombre Daniel? Nombre de pro-
eta.
. No hagais escarnio de los profetas: mas verda-
es anunciaron que las que han dicho muchos cris-
ianos en toda su vida.

Juan. No diriais otro tanto, Dorotea, si fueseis ju

Flo. Y si lo fuese, no la volverias acaso á mirar.

Juan. Mucho pareceis interesaros por los judíos.

Flo. Y vos les deseais mucho mal?

Juan. No tal; pero mas de un amigo mio daria toda la raza de Jacob en el fondo del mar Rojo. en verdad, qué mal habria...?

Flo. Don Juan... Yo, que juzgo sin prevencion, p sumo que se esconden en ese pueblo perseguido t tas virtudes por lo menos como en sus persegui res, y si tiene defectos...

Juan. Al menos está en el dia bien corregido del arruinó al hijo pródigo.

Dor. Seguid, don Juan. Pero yo os puedo decir conozco alguna doncella de su tribu que no contenta como muchas hidalgas con hacer de misas por las ánimas, sino que va ella misma consolar y socorrer á los desvalidos...

Flo. Dorotea!

Dor. Que reparte con ellos la mejor parte de su l cienda.

Juan. Tal vez no hace en eso mas que una res tucion.

Flo. Ah! sois cruel, don Juan.

Juan. Bien podemos decirlo entre cristianos. Por parte confieso que el pueblo escogido del Señor hubiera sido el que yo en su lugar hubiese ele do... (*A doña Florinda, que se ha sentado, y escribe.*) Qué haceis, doña Florinda?

Flo. Concluyo una carta.

Juan. Mucho os urge...

Flo. Y mas me interesa.

Juan. Qué teneis? Os ha enojado lo que he dicho los judíos...?

Flo. Ah! don Juan, se los desprecia sin conocerl se los condena sin oirlos: son desdichados, en f

cuando milita la fuerza de una parte, y de otra
a desdicha, os pronunciais, señor, contra los dé-
iles. Jamas, don Juan, lo hubiera creido.
r. Sobre todo cuando el auto de fé que se pre-
para ha de hacer correr tanta sangre y tantas lá-
grimas.
an. Por vida mia! Doña Florinda, no me condeneis
por una chanza. Juzgadme, mi bien, mas generoso;
ea un hombre herege, judío, ó musulmán, puede
granjearse mis burlas mientras es feliz; pero si su-
re, puedo no pensar como él, mas sufro tambien
con él; y para juzgarle dejo de ser cristiano, y de
Castilla: soy hombre, soy su hermano para con-
solarle y darle amparo.
o. (*Levantándose, y cogiéndole la mano.*) Ah!
don Juan, qué bien me haceis!
an. Ah! comprendo. Tendreis algun amigo entre
esos desdichados que van á ejecutarse? Deberiais
atenciones... Qué puedo yo para salvarle? disponed
de mi brazo, de mi vida... mi sangre toda no os
pertenece?
o. Dorotea... (*Haciéndole seña de salir.*)
or. Llegó el momento... Señor don Juan, antes de
resolveros miradla bien.
an. Vive Dios que estoy confuso.

ESCENA IV.

DOÑA FLORINDA. DON JUAN.

uan. Hablad, hermosa Florinda, hablad.
lo. Esta carta es para vos.
uan. Para mí?
lo. Encierra un secreto que no hallé fuerzas de de-
ciros.
uan. Temblais, señora?

Flo. Mal mi grado os dejo, don Juan. Mi prese cia os pudiera atar las manos. Leedla, y ved que temor de causarme pena no haga violencia á vue tros sentimientos. Sabré soportar lo que temo. L bre sois, don Juan; me entendeis? libre.

Juan. Qué estrañas razones! ya decidí... (*Querien abrir la carta.*)

Flo. No, don Juan, no; cuando esteis solo; si vue tra respuesta es favorable, venid á dármela pres Si fuese contraria, os diera pena el decirla. Hu entonces de esta casa sin volverme á ver. Si no encuentro aqui sabré mi suerte. Á Dios, don Jua acaso para siempre.

Juan. Hasta dentro de un instante, mas bien.

Flo. No me sigais, señor, no me sigais.

ESCENA V.

DON JUAN. *Despues* FLORINDA.

Juan. Ah! vamos presto, leamos... Es posible? Sar hija del judío Ben-Jochai... judía! Y yo un hidalg de Castilla, un cristiano viejo... Oh! es demasiad doña Florinda! estoy loco! No me engañé. Es de masiado cierto. Yo he de unir mi noble sangre... Noble dije. Infeliz! Y quién me ha dicho que m sangre es noble? Y doy que lo sea, seré menos ge neroso que ella? No ha mucho, cuando estaba y á sus plantas, sin nombre, sin alcurnia, sin biene de fortuna, titubeó doña Florinda? Dejarla, Dio mio! olvidarla, don Juan? Jamas; venciste, amor venciste! Un caballero de Castilla ha de ser me nos que una... Oh! perdona, bien mio! Y qué Cuál será la diferencia entre nosotros? El Dios d Israel no es el de los cristianos? He de adorarl menos porque ella eleve su corazon á ese Dio

on ritos diversos de los mios? Y quién sabrá este
rcano sino nosotros? Ha de ser por eso menos be-
a, tendrá menos virtud? Oh! acabemos, acabe-
nos! Hollemos de una vez necios respetos huma-
os. Mayor será mi dicha, si mayor el sacrificio.
Ya me siento digno de ella. Doña Florinda, mi bien!
Volemos á sus plantas...

. (*Que ha ido entrando poco á poco, y que ha oido
us últimas palabras, apoyada en el respaldo de un
itial.*) Os escuché, don Juan.

an. Estabais, señora, ahí? Llorais...?

. De gratitud, don Juan. Oh! meditadlo bien. No
os pesará jamas del sacrificio que me haceis? Si se
llegase á saber...

an. Saldriamos de Castilla. En Italia, en Francia
nalláramos un asilo... en Palestina; alli al menos
estaremos en nuestra casa. Torne á animaros la
alegría!

o. Y la gloria que tanto amásteis?

an. En todas partes la encontraré.

o. Y la patria, don Juan, que en ninguna parte vol-
veriais á encontrar?

an. Mi patria sois vos, doña Florinda. (*Echándose
á sus pies.*) Ora seais Florinda, ora Sara, ved en
mí, señora, vuestro esclavo. Cifro mi dicha en ser
vuestro, y todo mi orgullo en repetir: Tuyo, Florin-
da, tuyo, Sara, para siempre.

lo. (*Se deja caer en un sitial tendiéndole la mano.*)
Habrá pues contentos tan dificiles de soportar como
el dolor?

uan. (*Tomándole la mano.*) Ah! no os ofendais, se-
ñora, dejadme sellar una y mil veces mis labios en
esa mano que ha de ser mia.

ESCENA VI.

DON JUAN. DOÑA FLORINDA. DOROTEA.

Dor. Alzad, señor don Juan, alzad. El conde vuest amigo llega en este instante: ya sabe...

Flo. (*A Dorotea.*) Todo lo sabe, Dorotea. Soy d chosa!

Dor. Generoso don Juan!

Juan. Cuán hermosa es, Dorotea!

Dor. Silencio! Señor, ya oigo el conde.

Flo. De hoy mas, don Juan, nadie será poderoso separarnos.

ESCENA VII.

DICHOS. FELIPE II.

Fel. Perdonad, don Juan, si á fuer de exacto soy indiscreto.

Juan. Caballero tan perfecto no puede serlo jamas: vos naciste, señor conde, para aumentar quilates al contento, donde quiera que se halle, y para atraerle donde no está. Venid á gozar del mio. Dadme licencia, hermosa doña Florinda, de que os presente al conde de Santa Fiore...

Fel. (*Aparte.*) Vive Dios! es ella? la misma!

Flo. (*A Dorotea.*) Le conociste?

Dor. (*A Florinda.*) Me pareció conocerle. El mancebo que os siguió...

Juan. Qué teneis, señor conde? Habriais visto ya por ventura...

Fel. Paréceme haberla visto en Madrid... en el Prado; y tan rara hermosura por cierto no podia sino inspirarme el deseo de volverla á ver... ademas, don Juan, de cierta semejanza...

Con la persona de quien me hablásteis?

Sin duda.

A ella le doy el parabien, (*Bajo.*) y á vos. Bien venido á mi casa, señor conde de Santa re. En la suya está aqui caballero de tan altas ndas, y sobre todo quien tanto estima á don n.

Tened por cierto, señora, que me es en gran nera grato deber á vuestro amor por don Juan ecibimiento cortesano que me haceis. (*Aparte.*) ero de zelos.

Querednos bien, señor conde; sed mi hermano y apoyo abriéndome una carrera en que pueda de- airosa vuestra proteccion. El rey tiene falta de nos capitanes, tanto mas cuanto que él no lo es. *Aparte.*) Insolente.

Aparte.) Delante de un amigo del rey! qué in- crecion!

A don Juan.) Paréceme con todo que hizo sus ebás en San Quintin.

Y en una jornada victoriosa.

Como mero espectador; y si se ha de dar cré- ó á cierta anécdota...

Falsa sin duda, inútil de repetir.

Cuál?

Cuentan si al silbar de las balas le decia á su nfesor, tan pálido como él: *Por Dios, que no iendo qué gusto puede haber en asistir á esta sica.*

No es verosímil tal dicho en boca de un rey de stilla.

Y hubiéralo repetido el confesor?

No se lo dijo bajo secreto de confesion; pero in- o del aspecto grave de vuestra escelencia que no ais hombre vos para preguntar á S. M. si fue rta la aventura.

Fel. No; y presumo que no perdonaria al que le f con tan necia pregunta. (*Aparte.*) Insensato, qu perderse!

Flo. (*A don Juan.*) Confesareis con todo que es tivo, incansable, y político profundo...

Juan. Todo se lo perdonara menos esa intolera religiosa que llena el reino de patíbulos.

Fel. Consecuente siempre sin duda con vuestra cacion? Pues yo pienso, como él y como todo curas del reino, que no hay pena bastante par apostasía y el judaismo; y espero que doña Flo da es harto buena castellana para...

Flo. Mi disculpa estaria en que una doncella de años no ha de entrometerse, señor, en tan gr cuestiones; pero si osase decir mi sentir, diria cuando los desdichados sufren, ora sean inocen ora culpables, el deber de los ministros del alta bendecirlos y consolarlos, y el de las mugeres p ñirlos.

Fel. (*Aparte.*) Un aviso del santo oficio pudiera le útil á ella y á mis fines.

Juan. Os predije, señor conde, que habriais de re las armas ante tanta belleza y tan claro ingenio. para que podais mas libremente satisfaceros, os jo en su casa. Me perdonareis, hermosa doña F rinda, si los aprestos de nuestras bodas exigen presencia: debo pasar á ver los escribanos, á iglesia, á...

Dor. Y á pagar en todas partes.

Juan. Decis bien, Dorotea, que en pais católico cer, casarse y morir son tres cosas que no p den hacerse gratis. (*A Felipe.*) La vuelta será pr ta, señor conde: (*A doña Florinda.*) os le dejo n dio rendido: proseguid la victoria; arrancadle consentimiento. Dorotea, tengo órdenes para tambien. (*Sale con ella.*)

ESCENA VIII.

DOÑA FLORINDA. FELIPE II.

Jn señor español á solas con una judía! Cuánta
era, cuánto desprecio, si pudiese sospecharlo.
Mucho deseaba hablaros sin testigos, señora.
Tal vez para revelarme el secreto que don Juan
e por saber...
Pensamientos mas tristes me ocupaban. Cuando
contemplo, doña Florinda, tengo lástima á don
n, que ha de perderos...
Conde, no os comprendo. Me espantais.
A pesar mio os lo anuncio; pero esas bodas son
posibles.
Quién ha de oponerse? Vos? Oh! no; no sereis
, en quien descansa su confianza ciegamente,
, á quien no ha mucho llamaba el hermano.
No es mi gusto, señora, quien os separa, sino
deber mas bien, y la autoridad que de su padre
ibí...
De un padre que no existe, que os negais á des-
orir, y cuyos derechos, si viviese, mal pudieran
cadenar el albedrío de don Juan.
Pues que no basta la autoridad paterna, haré va-
, señora, otra mas poderosa, mas absoluta, y
ante la cual todo hidalgo bien nacido debe bajar
cabeza y doblar la rodilla. La del rey.
Qué decis?
La verdad, señora; el rey es quien asi lo quiere,
rey quien está á vuestro lado, el rey quien os
bla.
Cielos! El rey aqui! En casa de una... En mi casa!
Temblais, señora; tranquilizaos. Sí, el rey es,
ien pesaroso de haberos de imponer un sacrificio

necesario, pudiendo intimaros una orden, os esp solo una súplica.

Flo. (*Doblando una rodilla.*) Señor, perdonad mi a vimiento.

Fel. (*Levantándola.*) Qué haceis? no lo sufriré...

Flo. Oh! al menos escuchad mis ruegos: pudo Juan ofenderos con una palabra indiscreta, mas parad que no pensaba lo que dijo: os respeta cu to os honra, señor. Oh! Gracia, señor, gracia don Juan; sed clemente, señor, y perdonadle.

Fel. Mas haré, hermosa Florinda: olvidaré; pero dos condiciones. Don Juan no ha de saber quién

Flo. Yo os lo prometo...

Fel. Y le direis que de grado y buena voluntad nunciais á esa boda.

Flo. Jamas!

Fel. Dudais?

Flo. Dudar? Jamas, señor, jamas. Yo provocar su sesperacion? Yo engañarle? Yo mentirle, señor? rey no puede mandarme lo que Dios le prohib él mismo.

Fel. Le amais pues con tan ciego amor?

Flo. Con toda mi alma, señor; mas que pudiera presar, mas de lo que yo mismo imaginara antes ser tan desdichado.

Fel. Y me pedis su perdon?

Flo. Vuestra clemencia os pido; vuestra justicia ploro. En qué es, señor, culpable?

Fel. Os ama, es de vos amado! Ah! creedme, ha metido el delito imperdonable. Un claustro no ti severidad bastante para su castigo: su sangre t vertida gota á gota no bastará para espiarle.

Flo. Su sangre! Qué habeis dicho?

Fel. Ya me oísteis, señora: sabeis quién soy, y lo q puedo. Dudais aun...? Pero quién osa penetrar ha aqui?

)lvida V. M. que está en mi casa?
)ecis bien; un rey se cree siempre en su palacio.

ESCENA IX.

DICHOS. DON RODRIGO.

ʒois vos, don Rodrigo? Llegad; venis á tiempo.
(*Saludando á doña Florinda.*) Temí llegar tarde;
o al veros, señora, comprendo que si mi dis-
ulo puede acusarme de perezoso, el señor conde
ɔe esperarme sin impaciencia.
Sabeis que soy llamado aqui para una boda?
Supe con gran contento que habiais prestado el
ısentimiento.
Os engañaron.
(*Aparte.*) Lo imaginé!
Dos personas se oponen á este enlace; doña Flo-
da...
Piedad! Señor...
V. M. se ha dado á conocer?
Solo de doña Florinda, que me guarda el secreto.
: lo repito; dos personas, doña Florinda y yo.
Con una bastára y sobrára para que la boda
se hiciera.
Don Juan va á volver: le direis que doña Flo-
ıda rehusa acompañarle al altar, y que se resol-
ó á no volverle á ver.
Ved, señor, que don Juan no lo ha de creer.
Me atrevo á afirmar tambien á V. M. que temo
ıe don Juan...
No dé crédito á las palabras de su segundo padre,
quel modelo de crianza cristiana! Esas fueron al
enos vuestras palabras.
V. M. es harto bueno en acordármelas.
O faltásteis, don Rodrigo, á la confianza que se

puso en vos, ó ejerceis sobre él una autoridad
límites.

Rod. He procurado al menos...

Fel. Oye vuestras órdenes con respeto filial?

Rod. Asi debiera ser.

Fel. Si asi no fuese, habriais cometido, don Rod
una falta harto grande; y sabeis que mientras
reine, ninguna falta ha de quedar impune; v
pues, habladle, y que salga de aqui para no v
jamas. Esa es vuestra mision; cumplidla; de
suerte ved de poner orden en vuestros nego
Solo puedo compadeceros.

Rod. (*Aparte.*) Dios me ampare.

Fel. Dadme licencia, doña Florinda, que os ofrez
mano hasta vuestro estrado.

Flo. Ah! Señor, V. M. se dejará conmover por
lágrimas; V. M. cederá por fin á mis ruegos.

ESCENA X.

DON RODRIGO. *Despues* DON JUAN.

Rod. El rey se burla! Cumplidla! Cierto! Y habéo
á un tiempo con la impaciencia, la ira, el amor
desesperacion, con todos los sentimientos, to
las pasiones á la vez! y desencadenadas en el
cho de don Juan! Mejor quisiera... Pero no es
Lo que me parte el corazon es la confianza, el c
tento con que se va á arrojar en mis brazos. Ah
supiera la nueva que le espera en ellos.

Juan. (*Abre la puerta, y se pára en ella.*) Apri
Dorotea, apriesa, tomad el manto; presto os
guimos.

Rod. Qué dije?

Juan. (*A don Rodrigo.*) Loada sea la exactitud:

n, señor, la visteis? la hablasteis? Venid á ben-
ir nuestra union: todo está pronto.

Mi querido don Juan, quisiera antes deciros dos
abras.

Hablad; os iré escuchando.

No; sino lo habeis á enojo, hagámonos á esta
te, y prestadme atencion sin moveros.

Si puedo; daos priesa.

Vuestros ímpetus, don Juan, me ponen un can-
do en los labios, y...

Par diez, don Rodrigo, hablad.

Enhorabuena, pues lo quereis; dadme vuestro
azo, en que me apoye hasta nuestra casa, y alli...

En nuestra casa! Cuando todo lo mas que por
s puedo hacer es no moverme de este punto...
ro don Rodrigo, qué misterios...? y doña Florin-
...? Al caso, por Dios, al caso!

Sea pues; doña Florinda os niega su mano, y
prohibe para siempre la entrada en su casa; hé
ui el caso.

. Qué decis? Doña Florinda, á quien acabo de
r? os engañan: no es posible, lo repito, no es
rdad.

Os lo afirmo.

. De su misma boca no lo creyera; y de ella pro-
a quiero saber... dónde está?

Teneos, don Juan; lo juro por mi honor, nada
y mas cierto.

. Por vuestro honor! Pero si tal cosa fuese posi-
e, habria yo introducido aqui un traidor que hu-
era hecho un uso bien vil de sus pretendidos de-
chos...

(*Aparte.*) Hé aqui lo que temí.

. Un impostor que se habria burlado de su propia
labra, y de mi ciega confianza.

. Ah! no sospecheis...

Juan. Y á quién habré de pedir cuentas de su c
ducta.

Rod. Guardaos de repetir las palabras que acaba
proferir.

Juan. Se las repetiré en su cara, aunque haya de
bérmelas con el primer grande de la monarq
con la mejor espada de Castilla; aunque hub
de ponerle la mano encima en medio de la co
en el alcázar de Toledo, tendré con él una es
cacion.

Rod. Don Juan, perdeis el seso!

Juan. Pero antes he de ver á doña Florinda.

Rod. Oh! no ireis.

Juan. Y quién lo impedirá?

Rod. Don Juan, os perdeis.

Juan. (*Furioso.*) Cielos! está con ella!

Rod. Don Juan, don Juan, hijo mio!

Juan. Con ella? Maldicion! Don Rodrigo, vinis
á ser testigo de una boda, y lo sereis de un du
Hasta aqui habeis sido mi padre, pero siempre
reis hombre de honor. Aqui no conozco á nad
vos sereis mi segundo...

Rod. Yo! y de un duelo contra él?

Juan. Ved si podeis negaros; puesto que está a
todavía, nadie podrá librarle de mi venganza.

Rod. Hay mas pesares! Qué puedo hacer sino hui
(*Don Rodrigo va á salir, don Juan se precipi
sale Felipe II.*)

ESCENA XI.

DICHOS. FELIPE II.

Fel. Quedaos, don Rodrigo.

Rod. Quisiera estar á mil leguas de aqui.

Juan. Iba en busca vuestra, señor conde.

Yo os salía al encuentro, señor don Juan.

n. Tengo una pregunta que haceros y una satis-
ccion que pediros.

Veré si debo responder á la primera, y si quiero
ar la segunda.

n. Me habeis empeñado vuestra palabra: acaso no
s acordarais...?

He impuesto una condicion. Tal vez habrais olvi-
ado...

n. La de aprobar mi eleccion.

Y si no la aprobase...?

n. Teneis el derecho de negarme vuestro consen-
miento.

Lo creo.

n. Como yo el de casarme sin él.

Lo dudo.

n. Grande y poderoso, tal cual sois pronto lo
breis de cierto. Yo tambien tengo una duda.

Cuál?

n. Es cierto lo que me ha dicho don Rodrigo...

Qué os dijo don Rodrigo?

. Nada que no pueda repetir delante de vuece-
ncia.

n. Doña Florinda me niega su mano, y me cierra
puerta.

Tal es en efecto su resolucion.

n. Mas no asi su voluntad.

Qué os obliga á suponerlo?

n. Su amor. Habeis recurrido á las amenazas para
timidarla.

Y por qué no á la razon para convencerla?

n. Basta de rodeos! Es una felonía que solo pue-
lavarse con sangre. La vuestra, ó la mia.

. Imprudente!

Estraño lenguaje en boca de un hombre de
lesia.

Juan. Subterfugio digno de un cortesano.

Fel. Acaso no hayais meditado que hay alguna d
rancia entre nosotros.

Juan. Qué podeis alegar para probarla? Vuestra eda
Entrambos somos jóvenes: vuestra mayor destre
en las armas? La niego: vuestra nobleza? Vos
sois garante de la mia; quien quiera que yo s
presumo que mi padre no valia menos que el vuest

Fel. Tambien es mas cierto de lo que creeis.

Juan. En qué os fundarais pues para rehusar?

Fel. Y quién os dice que no acepto?

Rod. (*Arrojándose entre los dos.*) Vuecelencia pern
tirá...

Fel. Silencio!

Rod. Osais, don Juan...?

Juan. Dejadnos... (*Al rey.*) En tal caso, dentro
algunos instantes detras de las tapias de Santo D
mingo.

Fel. Ved, señor don Juan, que es sitio consagrado

Juan. Eso mas cerca estará el vencido de reposar
sagrado: en cuanto me separe de doña Florind
que ha de verme, mal que os pese, soy vuestro.

Fel. Una palabra, don Juan, una sola, que os ru
go peseis bien. No os estorbo que entreis á ver
doña Florinda, que ha de repetiros cuanto acab
de saber; mas si teneis aficion á la vida, renu
ciad de buen grado esa entrevista: os lo aconse
porque si traspasais el lindel de esa puerta, no h
brá perdon posible para vos.

Rod. Ceded, don Juan, que yo tambien os lo ruego

Juan. (*Al rey.*) Es compasion.

Fel. Mozo imprudente, bien la habeis menester; m
recedla.

Juan. Noble conde, voy á saber de doña Florinda
sois vos acreedor á la mia.

ESCENA XII.

FELIPE II. DON RODRIGO.

l. Qué decis, don Rodrigo?
d. (*Todo trémulo.*) Señor...
l. Ese es el cristiano perfecto, el tercer devoto de nis reinos?
d. Confieso que por lo que hace á la devocion...
. Tímido como una jóven doncella...
d. Convengo en que por lo que hace á la timidez...
. Qué podeis decir pues en disculpa de él y de os? Y yo no he de castigar su atrevimiento?
d. V. M. descenderia hasta castigarle por su mano.
. Estais loco?
d. Dignaos, señor, reparar que si hubiera sabido ue hablaba con el rey...
. Si lo hubiera sabido viviria?
d. Vuestro hermano!
. Mi hermano, ese vasallo rebelde, ese bastardo nsolente! No lo es; no lo será jamas: él mismo caba de cerrar la puerta á su perdon. Un medio olo os queda de lograr el vuestro.
d. (*Aparte.*) Qué exigirá de mí?
. Vos sois el único aqui que sabe este arcano: ni uedo, ni quiero valerme de otro que vos para se-ültarlo en el olvido mas profundo. (*Acercándose una mesa.*) Vais á apoderaros de don Juan.
d. Osaré hacer presente á V. M. una sola obser-acion? Paréceme, señor, que le ha de ser mas acil á él apoderarse de mí, que á mí apoderar-ne de él.
. Mis gentes estan prontas á prestaros auxilio, y eben de haber llegado ya.
. (*Mientras que el rey se sienta á la mesa.*) Qué uerrá escribir?

Fel. (*Escribiendo.*) "Mi muy reverendo padre: rec bid en vuestra piadosa casa al mancebo que será presentado por don Rodrigo Quesada, y ve de que sometido á toda la autoridad de vuestra re gla, quede encerrado en ella para toda su vida. Y el rey."

Rod. Para toda su vida!

Fel. Conducireis á don Juan al monasterio mas inme diato, y de la orden mas austera: entregareis al su perior esas letras de mi mano, y volvereis á darm cuenta de lo que hubiereis hecho.

Rod. Perdon, señor. Perdon para un desdichado.

Fel. Si no obedeceis, los que han de acompañar llevan orden de conduciros á mi presencia; y o tengais por morada un ataud ó las paredes de u calabozo, no han de volver vuestros ojos á ver luz del sol.

Rod. Obedeceré.

Fel. (*Abriendo la puerta del fondo, y hablando á va rios ministros.*) Entrad, y ejecutad cuanto en m nombre os mande don Rodrigo. (*A don Rodrigo.*) Presteza y discrecion, ó arreglad vuestras cuent con Dios.

Rod. Está bien, os entendí.

Fel. Mucho me importaba que me entendiérais. Qu dad con Dios, don Rodrigo.

ESCENA XIII.

DON RODRIGO *junto las candilejas.* LOS MINISTROS *el fondo.*

Rod. Para toda su vida! En un convento para toc su vida! Mancebo desdichado; á pesar de toda sus locuras, de sus devaneos todos, nunca conoc mejor que en este punto cuán grande es el amo

que le tengo. Es mi hijo tambien. Y he de ser yo quien he de dar cumplimiento á ese decreto tirano...! (*Vuelve á leer la orden, y paséase con agitacion.*) Pero esta orden no señala el monasterio. Ah! me ocurre... Sí. Don Juan no tiene en el mundo mas que un protector natural que pueda salvarle, y salvarnos á entrambos: fuera osadía, sin embargo... El rey don Felipe... y qué importa? Tengo algo ya que aventurar? Una vez desasido de la cumbre, puedo hacer otra cosa que rodar hasta el abismo? Oh! Ya conozco esas posiciones críticas; el emperador mi amo gustaba de ellas, pero él siempre caía de pie, y yo con él. Plegue al cielo que hoy pueda hacer otro tanto. (*Con firmeza.*) Hay una especie de miedo que le da á uno ya vapor de puro grande. Ya estoy bien decidido. (*Entrándose.*) Daos, don Juan, á mí: (*Vuelto desde la puerta á los ministros.*) entremos, señores, y favor al rey para prender á un hombre!!! (*Enranse.*)

ACTO TERCERO.

Habitacion de Cárlos V en Yuste. Pieza de paso. Una ve tana abierta. Debajo de la ventana una tarima, don duerme el novicio. Es de noche aun.

ESCENA PRIMERA.

PABLO, *inclinado sobre la ventana.*

Llega al suelo! Bueno! Arriba! Pille yo una noch oscura... y tú, escala mia, me sacarás del monas terio. Treinta escalones y en tierra: una vuelta d llave, y ancha es Castilla!

Cár. (*Desde adentro.*) Pablo!

Pab. Fue su voz? Sí! La escala debajo de la tarima y el novicio encima. Gritad ahora, enhorabuena!

Cár. Pablo!

Pab. Estoy dormido!

ESCENA II.

CÁRLOS V, *de monge, con una lámpara en la mano* PABLO, *que finge dormir.*

Cár. Ah! Bienaventurado! En otro tiempo todo m era posible, menos dormir de esa suerte! (*Arrastrándose de mueble en mueble hasta una mesa, donde coloca la lámpara.*) Pobre mozo! Siempre á m lado, y sin conocerme. Ningun religioso osaría con

avenir á mi orden revelándole quién soy, ó quién
ıi mas bien.

). (*Incorporándose.*) Habla solo, pero tan bajo...

. Siempre padecer... sin tener con quien dolerse!
Levántase, y va á sacudir del brazo á Pablo.)
Arriba, novicio, arriba! La pereza, hermano, es
ran pecado.

). Sin duda (*Bostezando.*) el que inventó ese pe-
ado debió de ser un santo varon á quien la gota
esvelaba.

. O que sabia el precio del tiempo. Pero vos, no-
icio, cuando no le perdeis del todo, empleáislo
ıal: siempre respondon, y curioso por demas.

). Como si fuese yo el único en la casa!

. Qué quereis decir? Eso va conmigo?

). Dios me libre, padre; no, sino con el padre prior,
ue me anda siempre sacando las palabras del cuerpo.

. Y qué os pregunta?

). (*Aparte.*) El padre no es curioso. Cuanto hace
uestra reverencia, y lo que dice, y lo que es-
ribe.

. No mas? Y le respondeis...

). Que haceis relojes, que decis: *Qué hora es?* y
ue escribis vuestras confesiones.

. Bien, por Dios! os tuve por maldiciente...

). Yo, padre...

. Si fuese cierto, fuerza sería separaros de mí, por-
ue es hombre el padre prior de tomar á la letra
uestras palabras. Mas que hombre de Dios, es
ombre del rey! Y en cuanto á mí, sobre acechar
nis acciones, de un grano de arena haria él de
uen grado una montaña.

b. (*Aparte.*) El padre no es maldiciente.

. Quiero mas bien la llaneza selvage del padre
ector.

b. Del padre Lorenzo, mi tio?

Cár. (*Aparte.*) Su tio! Pobre mozo! Condenado á s huérfano! Los monges no tienen nunca sino s brinos.

Pab. No sé qué os diga. Hace dias que el padre pri se ha vuelto mas indulgente. Como la comunid ha de reunirse hoy para la eleccion de prior nuev no dice ya mal de nadie. En vez que mi tio, padre Lorenzo, dice mal de todo el mundo. Quie el primero hacerse con votos para ser reelegido, el segundo quitárselos á los demas.

Cár. Y de mí dice mal tambien?

Pab. Como de costumbre: acuérdase de que fue m rino, y todo es gritar, como á bordo: La obedie cia! La subordinacion! Y dice sobre eso que vue tra reverencia provoca la rebelion de los padres mo zos contra los viejos.

Cár. Yo que ando siempre conciliando los bandos.

Pab. Sí, mas parece hecho adrede: en cuanto los con ciliais, pésiamí si se entienden.

Cár. Dí mas bien que la próxima eleccion los sacó todos de quicio.

Pab. Hasta al padre Timoteo.

Cár. Un hombre tan humilde!

Pab. Mucho: asi perora él humildemente por lo bajo y tiene á su devocion mas de veinte padres... po su parte, el padre lector, mio tio, dispone de otro tantos; de suerte que se andan quitando los votos y la buena fama... Oh! y le aborrecen...!! Es una ben dicion.

Cár. Sabeis por quién votará el padre Timoteo?

Pab. Por el padre procurador tal vez. Como es el amigo del padre despensero... Pero alguien conozco yo por quien votaria él de harto mejor gana.

Cár. Por quién?

Pab. Por vuestra reverencia.

Cár. Tengo yo por ventura pretensiones?

Ayer me decia: "Nuestro venerable padre... esa
nbrera de la comunidad, á quien tienes la dicha
ver á todas horas, goza de gran favor con el
y: si él quisiera, tendria yo la honra de predicar
a cuaresma en presencia de la corte."
Como si estuviera alli Dios mas bien que en otra
rte. Y no añadió nada acerca de Cárlos V?
Cárlos V! no le conozco.
(*Sonriéndose.*) O gloria humana! (*Dejándose caer
el sitial.*) Ay! solo el dolor es real en este
ndo.
Ah! Hablaba vuestra reverencia de ese empera-
r á quien nadie veía, que ha muerto aqui re-
entemente, y cuyas honras han de celebrarse den-
o de tres dias?
Sí; dentro de tres dias. (*Aparte.*) Diéronme gus-
acreditando ese rumor, que ha de ahorrarme tan-
s molestias.
Oh! cuando habla de ese emperador, se santi-
a y se inclina, y mas cuando pronuncia: "S. M.
nperial y real, que santa gloria haya."
Bueno está, bueno! Vuestra locuacidad, Pablo,
e divertia hasta ahora, pero á la larga..
. Todo cansa. Hé ahí previamente el efecto que
e produce el monasterio.
Qué es eso, Pablo? Pasad á mi celda; dad
n vistazo á mis relojes. Creo que el número 4
rasa.
. Voy, reverendo padre; pero por mas que yo
ueva el minutero, el tiempo no ha de pasar por
o mas de prisa.
Si me levanto y os alcanzo, Pablo...
. (*Sale saltando.*) Sí, sí, con la gota!!

ESCENA III.

CÁRLOS V.

Dices bien! vida sedentaria y enojosa, mas que un bro que se sabe de coro; sin que os saquen de e nada sino las picaduras de estos insectos del cla tro. Ese padre Lorenzo, por ejemplo. Ah! cuar veo un viejo severo, intolerante por demas con pocos años, me digo para mi conciencia que de haber sido tambien indulgente por demas co sigo propio. Pablo se ha quejado recientemente su madre del rigor de su tio! Ha venido á verr la buena muger, se ha echado á mis plantas, n lo ha confesado todo, rogándome que ablande tio en favor del novicio. Oh! he de hablarle, es y un deber. Padre Lorenzo, padre Lorenzo, hac diez y seis años... Pero qué digo? Es él por ver tura el único que sofoca la voz de la naturalez por respetos humanos? Yo mismo, yo...! (*Levan tándose.*) Qué suplicio! no tener nada que hacer nada con que adormir la conciencia! Por dicha h aqui el alba. (*Acercándose á la ventana.*) Llanur de Yuste! paréceme que ha envejecido como yo Cuán lozana me pareció cuando la crucé en medi de la pompa de mi gloria para venir á morir e ella. Y hace dos dias no morí ya en vida par el mundo? La campana ya. Vamos á coro, á cantar alabanzas al Señor; yo, yo, que en otro tiempo me hallaba estrecho en mis estados, donde nunca se ponia el sol, que decidia con la vista de la suerte de los imperios, que conmovia la Europa con un fruncir de cejas... y ahora uno de los acontecimientos de mi vida es cantar en el coro!

ESCENA IV.

CÁRLOS V. PABLO.

Vienen á buscar á vuestra reverencia para los
cios.
Siempre los mismos versículos, y cantados siem-
e en el mismo tono. No importa, tengo placer
escucharme. Y vos, hermano Pablo?
Vaya, padre! no he de tener? (*Aparte.*) Desen-
na. No olvide vuestra reverencia al padre Timo-
o. Predica tan bien! Sus sermones son los únicos
e puedo yo oir sin dormirme.
Dormis, pues, vos, en el sermon?
Vuestra reverencia no me deja dormir de noche.
vos mismo el domingo...
Eh?
No tuve que tirar del hábito á su reverencia?
Silencio! Bachiller!
(*Aparte.*) Bachiller. El padre comete todos los
ecados que me echa en cara.

ESCENA V.

ICHOS. EL PADRE LORENZO. EL PADRE TIMOTEO.

(*Bruscamente.*) Dios guarde á su reverencia!
Haga el Señor igual merced á las vuestras, pa-
re Lorenzo y padre Timoteo.
Parece que la gota atormenta siempre á su reve-
encia? Es fuerza acostumbrarnos á vivir con nues-
ro enemigo, como soliamos decir á bordo de las
aleras de S. M. cuando venia la marejada. Tengo
uenas nuevas que dar á su reverencia. Esta noche
a llegado al monasterio un jóven mancebo, que

ha sido recibido en vista de una orden de S. Y como su reverencia ha pedido al padre pr otro novicio á quien instruir en sus ratos de oc nuestro superior os le va á enviar...

Cár. De buena gana, padre, y lo mas presto sera mejor. Pablo, os dispenso hoy de los oficios: q daos en la celda para recibir al recien venido.

Pab. (*Inclínase.*) (*Aparte.*) Dispensacion de ofic y una cara nueva! No empieza mal el dia.

Cár. (*Al padre Lorenzo.*) Tenga su reverencia pie de un enfermo, padre lector, y acórteme el cam conduciéndome por la escalera privada.

Lor. Bien quisiera, pero Dios sabe dónde pára llave maestra.

Pab. (*Aparte.*) Y yo tambien lo sé.

Cár. Paciencia! (*Tomando el brazo del padre Timoteo.* Vamos, pues. Prestadme apoyo.

Tim. (*Por lo bajo.*) Osaré decir á vuestra reverencia *Hoy por tí, mañana por mí*?

Lor. (*Buscando en sus faltriqueras y mangas.*) Ser fuerza buscarla.

ESCENA VI.

PABLO.

Busca, busca. El dia en que, despues de haberme predicado sobre el pecado de la ira, me dísteis un golpe con ella sobre los dedos, pasó de vuestra manga á la mia. Héla aqui: abre todas las puertas, hasta la del jardin. Y la habia de encontrar vuestra reverencia? No, sino colgaréla yo á los pies de nuestra Señora del Amparo si me abre las puertas de vuestro monasterio. Á la manga. He visto á mi compañero. Parece triste.

ESCENA VII.

. DON JUAN. UN NOVICIO, *que deja un hábito sobre un sitial, y sale.*

(*Sin ver á Pablo.*) Desarmarme! Arrancarme sus brazos, á pesar de sus lágrimas! Que no puse vengarme! Para siempre separado de ella! Santa María! habla de una muger.

Para siempre enterrado en este monasterio! Esparedes me ahogan. Me volverán impío quendo convertirme por fuerza. (*Cayendo en un sitial.*) sventurado!

Dáme lástima. - Hermano?

. (*Volviéndose.*) Quién sois?

Pablo, vuestro compañero.

. Qué quereis?

Haceros servicio.

. Sí? qué convento es este?

El monasterio de Yuste.

. (*Levantándose.*) Yuste? donde se ha retirado árlos V?

Todos hablan de Cárlos V.

. Él tomará mi demanda. - Puedo verle?

Ha tres dias que murió.

. (*Cayendo de nuevo en el sitial.*) Y mi esperanza n él.

(*Aparte.*) He de decirle... qué riesgo corro? Aquí conoce á nadie: y me ha de ayudar. (*Misteriomente.*) No os aflijais: yo os protejo.

n. Vos? Pobre mozo!

. Sed sumiso á las órdenes del reverendo á cuyo ırgo venis.

n. Yo á su cargo! Mil diablos antes, el infierno do...

Pab. Cómo jura!

Juan. Jamas. Dije que no he de ser fraile: no he serlo.

Pab. Pero hablad mas bajo: en el monasterio no dice cuanto se piensa, y lo que se dice, se d por lo bajo.

Juan. (*Echando mano al hábito.*) Primero haré pe zos este hábito con los pies.

Pab. (*Conteniéndolo.*) Qué haceis? Aqui se rabia cu to se quiere debajo del hábito, pero desgarrarl se vería! (*Aparte.*) Hay que enseñarle desde *Cristus.*

Juan. Qué quereis, pues?

Pab. Escuchad: tengo ocasion de libertaros; perc fuerza disimular.

Juan. Podré?

Pab. Si la noche es oscura...

Juan. Qué?

Pab. Con esta llave...

Juan. Acabad.

Pab. Silencio! hé aqui al padre.

Juan. Está visto: no lo sabré.

Pab. (*Canta á media voz un villancico.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. CÁRLOS V.

Cár. Hermano Pablo, id á cantar vuestros villanci á mi huerta.

Pab. (*Aparte.*) Le diré dos palabras á sus naranj Obedezco. (*Á don Juan, poniendo el dedo en la boc* Hermano, hasta luego.

Cár. Ea! andad.

Pab. Como no se le escape la verdad! Él que no sa los usos de la casa.

ESCENA IX.

CÁRLOS V. DON JUAN.

Llegad.

. (*Aparte.*) Le aborrezco ya.

(*Aparte.*) Hay algo en él que me llega al co-
zon.

. Reverendo padre... (*Aparte.*) Buen aspecto!

Pensais pronunciar vuestros votos en esta casa?

. Nunca supe mentir. Estoy en ella mal mi
ado.

Cómo?

. Por fuerza se apoderaron de mí, y por fuerza
e trajeron.

No teníais, pues, ningun protector?

. Uno tuve: veinte años me trató como á hijo.
ometí faltas, es verdad. Pero por ellas debia ser
mplice de una felonía él mismo, don Rodrigo
uesada?

Don Rodrigo Quesada! Vos fuisteis confiado á
on Rodrigo?

n. Al mismo.

Os llamais don Juan?

n. Cierto.

(*Aparte.*) Él es! Mi hijo! Es posible? Vos,
on Juan, vos desdichado, y junto á mí? Vos for-
ado en este claustro?

n. Y para siempre. Mas qué teneis?

. Oh! nada, nada. La compasion... el... (*Aparte.*)
ea yo dueño de mí propio.

n. Sabíais mi nombre?

. No acaban de decírmelo? (*Aparte.*) Gentil pre-
encia! gallardo continente! Y no he de abra-
arle?

n. Pero... conocíais á don Rodrigo?

Cár. Héle visto en otro tiempo. Él acaudillaba á que os trajeron?

Juan. Él fue quien me puso la mano encima; él mi carcelero. Ni hablarle quise, ni mirarle. Con do, cuando llegábamos á las puertas aun tuv osadía de decirme al oido: "Agradecedme que conduzca á este monasterio: tenia orden de lleva á otro." Aun he de estarle agradecido!!!

Cár. (*Aparte.*) Reconozco á mi antiguo consej Mas de quién fue esa orden?

Juan. Del rey.

Cár. (*Aparte.*) Su propio hermano! Del rey, de

Juan. Sorprendida tal vez por un cobarde caball que quiso mas bien deshonrarse, encerrándome, cruzar su espada con la mia.

Cár. Pero... y vuestro padre?

Juan. En su nombre me persiguen. Él es, dicen, qu me condenó á vivir, ó á morir mas bien en e cárcel.

Cár. (*Con viveza.*) Es falso... quiero decir, es imp sible. Que vuestro padre, por motivos que acaso solo sepa, hubiese deseado veros abrazar una vi retirada, lo comprendo; pero autorizar él prop tal violencia! un padre!! don Juan, es imposible.

Juan. Fue nunca padre para mí?

Cár. Sabeis si pudo serlo?

Juan. Ah! reverendo padre, me abrió los ojos mi d ventura Me dicen que es muerto. Pero quién sa si vive todavía? Dios sabe si es algun prócer de e corte devota, donde el que fue fragil en su juve tud se vuelve hipócrita en su vejez. El cielo sa si acaso persigue en mí un recuerdo molesto, testigo acusador, y si fui fruto de alguna flaque humana, de que siente mas vergüenza que remo dimientos.

Cár. (*Aparte.*) Dios mio, cuán cruelmente me castig

n. Tales son esos grandes de la tierra. Por borrar huella de un yerro venden su propia sangre, enegándola en manos estrañas, arrojan un desdichado la merced del hazar, y ampárele quien quiera. Seúltanle vivo en una tumba para que espíe con sus ısteridades un nacimiento de que ellos solos fueron ılpables, y fiando su salvacion de la penitencia de tro, viven en paz consigo propios, gozando tal ez de una opinion sin tacha. Por encubrir un yero cometen un crimen; y el mundo los honra!!!

Basta, mancebo, basta. No temeis ser injusto con uestro padre?

n. Decis bien. Tal vez lo sea. Mi desdicha me rrastró. Quién fue ese padre? Quién? Díganmelo n fin, y á pesar de cuanto oísteis, señor, daré el er que de él recibí por vengar su honra puesta en uda, ó su memoria ultrajada. Ah! Si dejó de exisr, le lloro; si vive, le perdono.

. Bien, don Juan, bien. Me acabais de probar que ois digno de mejor suerte.

an. Qué decis? Habré encontrado un amigo donde olo esperé hallar perseguidores? Ah! Por qué muió tan presto Cárlos V? Hubiérale hablado acaso or vuestra mediacion.

. Qué le hubierais dicho?

an. Vos me lo preguntais? Hubiera besado sus planas. Hubiérale dicho: "Tengo valor, señor; tengo ambicion de gloria, y quieren sepultar mi porvenir en la estrechez de un claustro. No tengo sino veinte años, y se tuercen las leyes divinas para imponerme una esclavitud sin término: soy, señor, súbdito vuestro, y me oprimen con mengua de las leyes humanas. Fuisteis harto grande para no ser bueno y justo, y debeis lanzaros entre el opresor y el desdichado." Pensais que no le hubiera persuadido?

r. Mas, don Juan: hubiéraisle arrancado lágrimas!

Juan. Él me hubiera devuelto al mundo; no es verda á la gloria, á aquel contento, en fin, cuyo recuer me mata lejos de ella.

Cár. Lejos de ella! Qué decis?

Juan. Perdon, si os muestro mi corazon todo ente Hay una muger en la tierra que era mi vida, mitad de mí mismo...

Cár. (*Aparte.*) Pudiera yo en eso ver un crimen?

Juan. A punto ya de unirnos, nos separaron pa siempre.

Cár. No me culpeis de indiscreto: me interesásteis, d Juan: os quiero servir, y he menester saberlo tod Su nombre.

Juan. Doña Florinda Sandoval.

Cár. Sandoval! Cristianos nuevos! si no me engaño

Juan. Qué importa?

Cár. Para el mundo, mucho; pero ante Dios, dec bien: no es la fé mejor la mas antigua, sino la m pura.

Juan. Sois monge y hablais asi?

Cár. Don Juan, sois jóven. Mucho os queda que ve Conozco esos Sandovales. Prestóme el padre d doña Florinda un servicio que mal pudiera olvida acuérdome ademas de haber visto muy niña á doñ Florinda.

Juan. La visteis? Belleza sin igual!

Cár. Prometia serlo. (*Apartándose de don Juan par encubrir su conmocion.*) Qué fuego, qué ternura e el mirar! Asi era su madre. Dónde sois idos, mi dias de gloria y de ventura?

Juan. Hablasteis de mi madre? La conocisteis po ventura?

Cár. Yo!

Juan. Oh! sí; la habeis conocido: nombrádmela, po piedad. Haced que yo la vea!

Cár. Por qué suponeis que debo de haberla conocido!

n. (*Despechado.*) Está visto: jamas hallaré resuesta á esa pregunta.

. Vuestra desdicha, don Juan, me interesa. Es un eber religioso en mí el oponerme á una violencia ue Dios condena. Saldreis de aqui.

n. Es posible? por piedad, hoy mismo!

. Lo espero; no os respondo asi de ese enlace que nhelais.

n. Ah! Véame yo libre ahora, libre no mas!

. Lo sereis: tengo alguna influencia en el monasrio: la emplearé.

n. (*Besándole las manos.*) Padre mio!

. (*Enternecido.*) Su padre! (*Inclinado sobre don uan, que se ha estado á sus pies, y á quien tiene brazado.*) Hijo mio! dulce me hubiera sido hallar n vos un compañero, un amigo, y entregar mi ala al Señor sobre ese corazon que me hubiera nado... pero no temais: sabré sacrificar mi dicha la vuestra.

n. Hacedlo, y mi vida entera será poco para agraecer...

(*Aparte.*) No es hijo de una reina, pero vale as que el rey don Felipe.

ESCENA X.

DICHOS. EL PADRE PRIOR. PABLO.

. (*Trae á Pablo de una oreja.*) Vengo, reverendo adre, á denunciaros un reo sorprendido en el acto e cobrar el diezmo de vuestras hermosas narajas...

. Hermano Pablo! No os tengo prohibido...?

. No soy el primero, reverendo padre, que se ha ejado tentar por el fruto prohibido.

. Ni sereis el primero tampoco en quien se castigue everamente el haber cedido á la tentacion.

Pab. (*Aparte.*) Pluguiera á Dios que me echaran d este paraiso!

Cár. Mas tarde ventilaremos eso, hermano Pablo. Po ahora, don Juan, llevaos á ese mozo á mi celda, reprendedle... me entendeis?

Juan. Corre de mi cuenta, reverendo padre.

Pri. (*A don Juan.*) Podeis vestir el hábito, hijo mi Es la regla.

Juan. Yo?

Cár. Es la regla. (*Don Juan toma despechado el hábito, y sale con el novicio.*)

ESCENA XI.

CÁRLOS V. EL PADRE PRIOR. *Despues* DON RODRIGO.

Pri. Don Rodrigo anhela despedirse de ese mozo. L nueva de vuestra muerte le ha colmado de dolo sin sacarle de error, le he dicho, reverendo padre que en esta celda hallará á don Juan; pero si d pesa de verle...

Cár. No; bien está asi; pero antes, reverendo padre he de pediros una gracia.

Pri. Qué puede vuestra reverencia pedir que yo...

Cár. Poca cosa por cierto; y no me la negareis ho que la eleccion os prepara un nuevo triunfo, en cual no acierto á encareceros la parte de content que me cabe. El mancebo que acabo de recibir n tiene vocacion para la vida contemplativa: mandad pues, que las puertas le sean abiertas. Bien veis qu es poca cosa.

Pri. Poca cosa, reverendo padre? La orden de S. M.

Cár. S. M. fue inducido en error.

Pri. En error! Su reverencia lo cree posible?

Cár. Ah, padre mio! Quién mejor que yo sabe si u rey puede engañarse?

i. Humildad que admiro. Mas ved que me hago de-
incuente para con el rey si desobedezco.
r. Pero lo sois para con Dios si obedeceis.
i. Para con Dios, padre, es una cuestion, y para
con el rey es positivo.
r. Es decir que mis ruegos... En buen hora. Lo exi-
o, y tomo sobre mí...
i. Tendré, padre, la amargura de...
r. Pero...
i. Pero... hermano mio, yo mando aqui.
r. (*Con indignacion.*) Yo mando, yo mando! (*Con
resignacion.*) Decis bien, padre prior. Su reveren-
cia manda. Hice voto de obediencia; no seré yo
quien dé el ejemplo de la rebelion.
od. (*Que reconoce al entrar á Cárlos V.*) Santo Dios!
Qué veo?
ri. Su reverencia me permite que me retire?
ir. Vuestra reverencia manda aqui.

ESCENA XII.

CÁRLOS V. DON RODRIGO.

od. (*Pugnando por arrojarse á los pies de Cárlos V,
que se lo impide.*) No me engañaron mis ojos?
V. M. vive todavía? Creí, señor, ver su sombra
saliendo de su sepulcro.
ár. Decis bien, don Rodrigo. No soy sino una som-
bra de magestad. No lo oísteis? No me dijo: *Yo
mando*? Se negó á dar libertad á mi hijo, á ese hijo
que me ama ya sin conocerme! Príncipe perfecto,
don Rodrigo! Qué noble continente! Pasiones im-
petuosas, no es verdad? Y una cabeza, don Rodri-
go, mas ardiente que la mia!!
Rod. Á quién lo dice V. M.?
Cár. Ha presentido su cuna! Hijo del águila, ha me-

nester aire y sol! Vive Dios! Don Rodrigo, l
tendrá. Sí, la luz para sus ojos, y para sus alas
libertad! (*Corre á abrir la puerta de su celda.*)

ESCENA XIII.

DICHOS. DON JUAN. PABLO.

Juan. (*Con el hábito de novicio sobre sus vestidos.*) vuestras instancias, padre mio?

Cár. Malogradas, don Juan, del todo malogradas.

Juan. Sabia yo ya que este hábito habia de sern aciago.

Cár. No os desanimeis. Don Rodrigo, á quien en efec to debeis agradecer el haberos traido á esta cas nos ayudará con sus consejos.

Juan. Que me saque de ella, y prometo olvidarl todo.

Cár. Andad, hermano Pablo, y ved si alguien es cucha.

Pab. Corro, y vuelvo (*Aparte.*) para no perder nada

ESCENA XIV.

DICHOS, *menos* PABLO.

Cár. Deliberemos.

Juan. Advertiré á su reverencia que ese novicio pue de sernos de grande utilidad.

Cár. Le oiremos.

ESCENA XV.

DICHOS. PABLO.

Pab. (*A Cárlos.*) Nadie, reverendo padre, nadie.

. Podeis hablar, Pablo, á la par que nosotros.
. Yo, reverendo padre? Tanta honra...
. Merecedla con vuestra discrecion.
. Jamas digo sino lo que me callan.
. Qué os parece, don Rodrigo, que se haga?
l. Urge el tiempo, padre mio. Los criados de S. M. ue nos acompañaron hasta el monasterio se volieron ya á dar cuenta de la espedicion. Ordenes nas severas pueden llegar de un momento á otro. Vuestra reverencia debe de haber conservado algun migo ó deudo en la corte. Que escriba en favor uestro, y presto, y á quien pueda mucho. Hé ahí ni sentir. He dicho.
. Yo, pobre monge! Olvidado! Por otra parte, os o confieso, cifro mi orgullo en libertar á don Juan or mi propio esfuerzo. Quiero probarme á mí misno que aun no he envejecido.
l. (*Aparte.*) Siempre el mismo. Creándose dificulades para tener la gloria de vencerlas.
. En consecuencia, se desecha el consejo, don Juan.
an. Si he de deciros la verdad, mi mejor consejo uera esa espada que veo pendiente de la pared, y que me prueba que habeis sido soldado.
. He probado de todo un poco.
an. Dádmela, pues, y si no me abriese paso...
. Por mas caballeresco que sea, don Juan, vuestro sentir, os diré que sería mas conveniente en una fortaleza que en un monasterio. No deciais que Pablo...
an. Le prometí secreto.
. Hablad, hermano Pablo, os lo mando.
b. Vuestra reverencia me empeña su palabra...
. De qué?
b. De que aun despues de conocido mi arbitrio podré aprovecharme de él para mí mismo?

Cár. Quereis dejarme, hermano?

Pab. No á vuestra reverencia, sino el convento. I tengo vocacion tampoco.

Cár. Hermano Pablo!

Rod. (*Bajo.*) Ved, señor, que...

Cár. (*Bajo.*) Decis bien. Veamos. Hablad.

Pab. Tengo dos medios. (*Enseñando la llave.*) U

Cár. Dios me perdone! La llave maestra del pa lector!

Pab. Su reverencia olvida...?

Juan. Padre mio!

Pab. (*Descubriendo la escala bajo la tarima.*) Otro!

Cár. Una escala de cuerdas!

Pab. Con esta se baja por esa ventana; con la otra sale por la puerta escusada que da al campo.

Cár. Sabeis, hermano, que mereceriais... Con tod no me ocurre nada mejor. No será la primera ve que un novicio habrá andado mas discreto que tod un capítulo.

Pab. La comunidad está en el refectorio, cuyas ven tanas dan á la parte opuesta; y cuando está en ta santa ocupacion, nunca piensa en otra cosa. Apro vechemos la ocasion.

Cár. En buen hora!

Juan. Honra y prez al hermano Pablo!

Cár. (*A don Rodrigo.*) En cuanto os veais fuera d aqui, conducid á don Juan á casa del anciano du que de Medina: habladle de mí: no habrá olvidad aun á su antiguo amigo. Ocultos en su posada, es perad á recibir letras mias. Manos á la obra, do Juan.

Juan. No he de hacerme de rogar.

Rod. Quereis que á mi edad...?

Cár. Yo os tendré la escala. Pablo, tened cuenta (*Hace seña al novicio, que sale á la puerta á acechar.*)

Rod. Vuestra reverencia se dignaria...

Á otros he ayudado á bajar, y de mas alto.
(*Besando la mano á Cárlos.*) Dios guarde,
es, á vuestra reverencia!
n. A mas ver, padre mio!
Os vais sin estrecharme en vuestros brazos?
n. Decis bien. Fuera ingratitud.
(*Conmovido.*) Volveréle á ver?
n. Ah! Se me olvidaba. (*Va á desnudar el há-
to.*)
. (*Acude presuroso.*) Silencio! Silencio! El padre
ior.
. Somos perdidos!
Ha de ver la escala!
. (*A don Rodrigo.*) Cerrad una de las maderas.

ESCENA XVI.

DICHOS. EL PADRE PRIOR.

. Novicio, seguidme. (*A don Juan.*)
. Dónde, pues?
. Incomunicado. Acabo de recibir esta orden: quien
a trae da dos horas de descanso á los caballos, y ha
e volverse con don Juan para otro monasterio.
an. Conmigo!
. (*Calmándole.*) Paciencia! resignacion!
. Por lo que hace á vos, señor don Rodrigo, va-
ios caballeros os esperan á las puertas del monas-
erio: no sé qué palabras oí del alcázar de Segovia.
d. El alcázar!
. (*A don Rodrigo.*) Señor don Rodrigo, la jornada
erá buena.
d. Ya lo es. (*Aparte.*) Ayer entre dos hermanos,
oy entre un padre y un hijo. Maldito secreto!
. Quedaos ahora.
d. No deseo otra cosa.

Pri. Don Juan, obedeced.

Juan. Sufrireis, reverendo padre...

Cár. Fuerza es sufrir lo que no puede impedirse. O
deced, don Juan. (*Bajo, apretándole la mano.*)
perdais la esperanza.

Juan. Toda la pongo en vuestra reverencia.

Pab. (*Mientras que don Juan sale.*) No pudiera ve
en peor sazon el padre prior!

ESCENA XVII.

CÁRLOS. V. DON RODRIGO. PABLO.

Cár. Un obstáculo os abate, don Rodrigo? Á mí
dispierta, me estimula. Paréceme ya ser otro.

Pab. (*Aparte.*) Cómo se mueve! Cómo anda! Ha
vidado la gota!

Cár. Lucharé, triunfaré. Don Rodrigo, no sois el q
erais. Teneis miedo? Quien piensa en el vencimie
to, está ya medio vencido. (*Bajo.*) No perdiam
las primeras tres horas la batalla de Pavía? Y c
todo... (*Con impaciencia.*) No tengo mas que d
horas.

Cár. Esta cabeza otro tiempo tan fecunda! (*Se sienta*
No podrá inventar ya nada?

Pab. (*Retirando la escala de la ventana.*) La comun
dad baja á la huerta. Los padres se encaminan á
sala de capítulo para la eleccion. No ha de asisti
vuestra reverencia?

Cár. Silencio! Dejadme en paz con vuestra eleccion
(*Aparte, levantándose.*) Ah! Por vida mia! Do
en ello. Ese prior manda. Y si pudiese yo mandar
mi vez! (*Alto.*) Don Rodrigo, os acordais de cie
ta eleccion que metió algun ruido en el mundo?

Rod. Mal pudiera olvidarla, aunque no fuese sino po

cartas que en aquella sazon escribí, sin contar
n las posdatas!

Eso es precisamente lo que vais á volver á hacer.
esto, acercaos á esta mesa.

(*Mirando por la ventana.*) Se dividen en cor-
los. Lo menos tienen aun para media hora de in-
gas antes de entrar.

(*Tomando plumas y papel.*) Media hora?

Mi tio grita, el padre Timoteo predica como un
:o de oro, y el padre prior, para ser reelegido,
su bendicion á todo el mundo.

Presto, novicio; aqui; con la mejor letra posible...
(*Una rodilla en tierra, pronto á escribir sobre un
sal.*) Ya estoy.

Y yo... (*Buscando donde ponerse, y colocándose
r fin en el reclinatorio.*) Yo alli. Atencion! Em-
ezo á dictar. A tí, Pablo, para el padre Timo-
o. "Mi muy elocuente amigo." A vos, don Ro-
igo, para el padre procurador. "Muy reverendo
dre." (*Escribiendo él mismo.*) "Mi muy caro
dre lector."

Ya está. (*Aparte.*) Mal año, si sé dónde va á
rar.

(*A Pablo.*) "Apruebo la santa ambicion que ma-
festais de predicar delante de la corte; duéleme
iberme de resignar voluntariamente á perder el fru-
de vuestras edificantes pláticas." (*A don Ro-
igo.*) "Varias veces me habeis ofrecido vuestro
oto, y los de vuestros amigos: si yo creyese per-
dicar en lo mas mínimo á nuestro buen prior
eptándolos, los tornaria á rehusar, pero...

Demasiado de prisa, reverendo padre, demasiado
prisa.

(*Aparte.*) Pobre don Rodrigo; está gastado.

"Edificantes pláticas."

(*A Pablo, continuando la suya.*) "Si la comuni-

dad me confiriese hoy, merced á vuestro voto los de vuestros parciales, una autoridad que permitiese disponer de vuestra reverencia para viarlo á la corte, podriais contar en ella con apoyo."

Pab. (*Escribiendo.*) Querrá ser prior?

Rod. "Los tornaria á rehusar, pero..."

Cár. "Pero algunos votos favorables en el primer crutinio me serian ocasion de gran contento, perjudicar por eso, Dios me libre, á la eleccion mas digno. Vuestro mejor amigo." Estais ya, vicio?

Pab. Ya espero.

Rod. Ya está en su elemento. Tres cartas á la ve

Cár. "Privar al rey, padre Timoteo, de un ing como el vuestro fuera pecar; quiero mas hacer blemente penitencia pasando toda una cuaresma oiros."

Pab. Esa frase ha de llegarle al alma!

Cár. Escribe, escribe. (*Leyendo la carta que acab escribir.*) "Mi muy caro y muy reverendo pa lector: voy á ser franco con vos, que sois la fr queza misma. Quiero ser prior. Os pido, pues, v tro voto y el de los amigos de que disponeis, nombre del novicio que os ha de entregar estas tras. Vos conoceis á su padre, y yo tambien. molcad, pues, mi galera á buen puerto, ó vive D que echo á pique la vuestra. Simple monge, blaré: prior, os juro secreto. Con esto, caro lec buen viento, y Dios salve el honor de vuestro bellon." (*Corriendo hácia Pablo.*) Dame que firme, y pliega esa carta.

Pab. Oh! yo os fio que tendreis esos votos; si vuestra reverencia hace pasar á su bordo á tio con toda su tripulacion, el triunfo ha de completo.

Alegremente.) En el cual habreis tenido, no-
io, mas parte de la que pensais.
Ah!
Porque vais á ser mi mensagero para con él.
No haga tal vuestra reverencia: ved que no gus-
de los novicios.
No importa: llevadle esas letras.
Al punto.
Y deslizad la que habeis escrito en la manga del
dre Timoteo.
Entiendo.
Averiguad de paso dónde está don Juan.
(*Enseñando la llave.*) Mas que eso he de hacer.
Presto! Pero vais saltando? Hermano Pablo,
estra mision es grave.
(*Devotamente, y cruzando los brazos sobre el
cho.*) El espíritu del Señor sea con vos, reveren-
padre.
(*Aparte.*) Está visto: he de volverle hipócrita.
e eso mas habré de acusarme.

ESCENA XVIII.

CÁRLOS V. DON RODRIGO.

. Ved aqui mi carta. (*Cárlos la firma.*) La cierro?
Todavía no. "Post-scriptum..."
. Ah!
"El cardenal, secretario de Estado, acaba de po-
er á mi disposicion el capelo vacante en el sacro
olegio. He oido encarecer los merecimientos y vir-
ıdes de vuestro pariente el obispo de Segorbe. Ha-
ed que nos veamos despues de la eleccion."
l. Un post-scriptum como los de aquellos tiempos.
. Me reconoceis, don Rodrigo?
l. El sobre?

Cár. No hay para qué. Buscad al padre procurador entregadle vos mismo ese pliego.

Rod. Yo, señor... (*Con inquietud.*)

Cár. No sabeis que los que os han de prender no entrado en el monasterio?

Rod. Cierto. Ese era mi pensamiento. Siempre me adivinado vuestra reverencia. Obedezco.

ESCENA XIX.

CÁRLOS V.

Animo, mi antiguo consejero! Alerta, mi buen pa Ya estan en campaña mis estafetas tras un prior como en otro tiempo tras un cetro de emperad Estraño caso! La eleccion de algunos monges un monasterio de Estremadura no me habia agit do menos que la de mis electores coronados en gran dieta de Francfort. Pero devolverle la liberta á mi hijo, y devolvérsela por solo el esfuerzo mi voluntad, esa se á la mejor de mis victoria (*Acercándose á la ventana.*) Pablo, Pablo, llega reis tarde? No. Ya está. (*Detiene al padre Timot tirándole de la manga.*) Este ya es mio. No pued decir otro tanto de nuestro incorruptible padre pro curador. Y el padre Lorenzo? Cederá? Dudo... m corazon quiere salir del pecho, mi sangre hierve.

ESCENA XX.

CÁRLOS V. PABLO, *sin aliento.*

Cár. Y bien? Habeis visto al padre Timoteo?

Pab. Leyó vuestras letras, dióme un golpecito en l mejilla, y me añadió dulcemente: *Soy suyo, ente ramente suyo, hijo mio.*

Y vuestro tio?

Oh! no bien hubo leido se volvió rojo como la ıbre; miróme de través...

Qué mas?

Por ese lado nada. Hizo añicos el papel. "Hé , añadió con voz de trueno, hé ahí mi respues- instrumento de corrupcion." Y acabando con blasfemia, reverendo padre, que no osaré repe- ıs, fuese furioso á escribir su voto.

Aparte.) Resistirá? Todo el éxito pende de él.

Pablo.) Y don Juan?

Al ruido que hacia por evadirse he descubierto prision. Cric! Crac! la puerta se abre, y echa- s á correr los dos; ahí está, en mi celda; pero hábito ya, padre, hecho añicos... no le gustan hábitos.

Que venga, Pablo, que venga!

(*Desde el fondo.*) Don Juan, don Juan!

Por mi parte he usado de todos los medios: ame- as, promesas, toda la gruesa artillería de un dia eleccion.

ESCENA XXI.

DICHOS. DON JUAN.

Será cierto, padre mio? No me ha engañado ılo? Cuando yo fio en vos mi libertad, ocupa o vuestro pensamiento la eleccion de un prior.

Me culpais, don Juan? Asi juzga el mundo. Pa- , alcanzadme esa espada.

(*Saltando sobre un sitial.*) Jesus! cuán pesada!

(*Desenvainándola.*) Para tu mano, niño, mas no a la mia.

Creo en efecto, hijo mio, que vuestro brazo sa- honrarla en el peligro.

Contra un ejército entero!

Cár. (*Cogiéndola.*) Esta arma, don Juan, es har mas preciosa de lo que pensais: es un presente ese emperador que vino á morir aqui debajo de hábito que hubiera sin duda destrozado, como vo á vuestra edad.

Juan. De Cárlos V! Vos erais su amigo? Murió aca en vuestros brazos.

Cár. Húbola por derecho de conquista del rey Fra cisco I en una jornada bien gloriosa para las mas españolas.

Juan. La espada de Francisco I! Y pudierais de prenderos de ella?

Cár. De qué utilidad puede serle á un monge?

Juan. Y en obsequio mio!

Cár. Con ciertas condiciones que aqui para ante Di habeis de jurar cnmplir. (*Presentándole la espa desnuda para recibir su juramento.*) Jurais no d senvainarla en causa vuestra, sino en legítima d fensa; jurais que no se vea desnuda sino por ord de vuestro soberano, y que caerá de vuestras m nos á su primera indicacion; jurais, en fin, que no verá teñida jamas sino en la sangre de los enemig del rey y de la monarquía; juraislo asi, don Jua

Juan. Lo juro.

Cár. Si asi lo cumpliereis, Dios os lo tenga en cue ta. Vuestra es, don Juan; presiento que ha de g nar batallas en vuestras manos!!

Juan. (*Con la espada en la mano.*) Yo haré verdade vuestra prediccion!!!

ESCENA XXII.

DICHOS. DON RODRIGO. *Despues* EL PRIOR.

Rod. Una mayoría victoriosa! una eleccion complet

Cár. Alegre nueva que no pudiera traerme mensage

nguno mas agradable! (*Bajo.*) Sabeis, don Ro-
go, que aun pudiera yo triunfar en un cónclave?
(*Aparte.*) Fuerza era que le ocurriese.--El prior
sigue para daros el parabien, y resignar, mal
e le pese, su autoridad en vuestras manos.
Me ha cogido mis naranjas, y yo le he cogido
votos.
(*A don Rodrigo.*) Tened presentes mis últimas
strucciones: no dejeis un punto solo á don Juan;
l su sombra; es servicio que de vos reclama mi
tigua amistad.
Podeis dudar de mi lealtad?
(*Entrando.*) Huélgome, reverendísimo padre, de
r el primero en daros el parabien: vuestra elec-
on me colmó de contento, y desde este punto ju-
obediencia á mi prior.
Sé, padre, cuán sinceras son vuestras felicita-
ones, y quiero desde ahora poner á prueba vues-
o buen celo y esa misma obediencia de que dais
emplo. Conducid á don Rodrigo y don Juan.
(*Sorprendido.*) Este mozo aqui!
Conducidlos vos mismo fuera de las tapias del
onasterio.
Yo mismo! Vuestra reverencia... las órdenes del
y...!
(*Severamente.*) Reverendo padre, *yo mando aqui.*
El prior se inclina.)
n. Qué injusto fui!
. El padrecito es mas que hombre!
. (*Bajo á Cárlos.*) Sois prior, señor?
(*Bajo á don Rodrigo.*) Todo se reduce á una ab-
icacion mas ó menos.
. (*Ap.*) Está poseido del espíritu de la abdicacion.
. (*A don Juan y don Rodrigo.*) Seguidme.
(*Don Juan se arroja en brazos de Cárlos V; don*
lrigo le besa la mano y salen.)

ESCENA XXIII.

CÁRLOS V, *vueltos los ojos hácia la puerta por do acaba de salir* DON JUAN. PABLO.

Cár. Anda, mancebo generoso; asi de lejos, como cerca, siempre velaré sobre tí. (*Viniendo hácia orquesta.*) He salido de mi empresa con hon Ahora abdiquemos segunda vez.

Pab. (*Juntando las manos en ademan de súplica.*) R verendísimo padre, vuestra reverencia no se ac dará mas de mi llave, ni de mi escala de cuerd

Cár. Hasta mañana á la noche no.

Pab. (*Aparte.*) Mal año para mí si me encuent aqui mañana!

Cár. (*Dejándose caer en un sillon.*) No puedo mas cansancio. Pero este es el primer dia que he pasad en esta casa sin consultar mis relojes !!!

ACTO CUARTO.

:asa de doña Florinda. Decoracion del segundo acto. Una :sa en que arden dos bugías.

ESCENA PRIMERA.

A FLORINDA *sentada, apoyada la cabeza en la mano.* DOROTEA *mirándola al entrar.*

. Duéleme verla. Si esos inquisidores fuesen ombres, tendrian lástima de ella, pero son tigres. Don Juan lo ignora. Eso será menos desdichado. *A Dorotea.*) Y mis letras?

. Partieron: el mensagero galopa á rienda suelta amino de Yuste.

. Llegará?

. Por qué no?

. Sabemos por ventura el nombre que tomó en ese etiro?

r. Pero el sobre lleva el suyo. Quién no conoce á Cárlos V?

. Cedí á tus ruegos, Dorotea; creiste que movido e su antigua aficion al padre, habia de interesarse n la suerte de la hija, huérfana y perseguida...! Quiero dejarte tus esperanzas.

. A no tenerlas, cuál fuera mi consuelo? Quién udiera desarmar á ese tribunal terrible, que os itó?

. Sosiégate, Dorotea. Tengo un protector que

quiere conducirme él propio á los pies de mis jue ces, y asistirme con su favor.

Dor. Sí; ese personage misterioso que se presentó aq de parte de S. M. y del conde de Santa Fiore, y q solo á vos quiso descubrirse...

Flo. Cuando bajaste, aun no habia venido.

Dor. Ya di orden de que le introdujesen en llegand mas ningun rumor se oye en la calle. Quién creería en Toledo? Qué pesada calma! Ni un sop de viento que refresque el ambiente.

Flo. Dices bien. Abre, Dorotea, las celosías.

Dor. Las de la calle?

Flo. No; las del jardin. No te acontece á veces, D rotea, que un rumor vago, un soplo de viento de pierte en tí recuerdos, impresiones pasadas de pl cer ó de pena...

Dor. Va que acierto en quién pensais...

Flo. Grande esfuerzo por cierto! Nunca pienso si en él; mas ya jamas le veré.

Dor. Por qué? No prometió ese cortesano en qui fiais devolveros á mis brazos?

Flo. Silencio! El es! Valor, corazon!

Dor. Temblais?

Flo. Oh! no. Estoy tranquila.

Dor. Mis recelos se dispiertan.

ESCENA II.

DOÑA FLORINDA. DOROTEA. DON PEDRO GOMEZ.

Gom. Llego, señora, á punto.

Flo. Yo hubiera dicho, señor don Pedro, que os h cisteis esperar.

Gom. Nada temais. El protector poderoso que os nor bré no os ha de abandonar.

Dor. No he de poder acompañarla?

m. No ignorais la severidad del tribunal.

r. Oh! Pero me la devolvereis, no es verdad, como lo prometisteis?

m. Y presto. Os lo torno á prometer.

o. El manto, Dorotea.

or. (*Poniéndole el manto.*) Quién pudiera seguiros!

m. (*Aparte.*) La jactancia de tal conquista no ha de poder nada con ella, pero el temor...

o. (*Despidiéndose.*) Dorotea!!!

or. (*Acompañándola, le besa las manos.*) Hija mia!!!

ESCENA III.

DOROTEA. *Despues* DON JUAN.

or. Oh! ahora al menos puedo maldecirlos á ellos y á su raza sanguinaria, y maldecir sus leyes, su tribunal, sus verdugos. Qué hicimos para que nos tratasen de esa suerte? Es esa, sectarios del Cristo, vuestra santa, vuestra dulce religion? Horas tengo en que quisiera tenerlos á todos en mi mano. No sería mas que una justa venganza. Quién pudiera ser generosa con ellos? Con ninguno. No son todos igualmente sanguinarios? Ah! cristianos...

Juan. (*Saltando por la ventana del jardin.*) Menos uno, supongo.

Dor. (*Dando un grito.*) Sois vos, señor don Juan? Habéisme asustado. Vos aqui, y de esa suerte?

Juan. De la única que pudiera venir sin riesgo de encontrar importunos. Por la tapia del jardin: felizmente no es elevada.

Dor. Dios de Israel!

Juan. Y acompañado, Dorotea. (*Llegándose á la ventana para ayudar á don Rodrigo.*) Venid, don Rodrigo: os dije que la entrada era facil aun para vuestros años.

ESCENA IV.

DICHOS. DON RODRIGO.

Dor. Cómo anunciarle esta nueva?

Rod. (*Acabando de saltar la ventana.*) Dónde me traeis don Juan?

Juan. A puerto de salvacion. Y bien, Dorotea? Co que volveré á verla? Qué hace doña Florinda? Dón de está?

Rod. En la posada de doña Florinda!

Juan. No vais, Dorotea? No le anunciais...?

Dor. (*Saliendo de su indecision.*) Sí, la diré... Espera aqui un momento. (*Aparte.*) Ganemos tiempo a menos.

ESCENA V.

DON JUAN. DON RODRIGO.

Rod. Para conducirme á esta casa os negásteis, don Juan, á seguirme al palacio del duque de Medina? Por qué habré yo prometido no dejaros solo un punto? En casa de doña Florinda!

Juan. Pudiera yo llevaros á otra parte?

Rod. Á una casa adonde os plugo traer al conde de Santa Fiore, y acechada tal vez por sus parciales, á una casa, en fin, donde podeis encontrarle á él mismo!

Juan. Pluguiese al cielo!

Rod. Dios os libre, don Juan. No lo deseeis. Sabeis, mozo imprudente, lo que arriesgais, sabeis el porvenir que aventurais, sabeis quién sois siquiera...?

Juan. Quién soy, en fin, don Rodrigo, quién?

Rod. Un loco, don Juan.

Juan. Don Rodrigo, sosegaos. (*Aparte.*) Qué hace

ña Florinda?-No tuviérais mas miedo si el san-
oficio se hubiese entrometido en nuestros ne-
cios.
. Es la sola desdicha que nos falta; y no la men-
is, si no quereis...
n. Oh! Esto es demasiado. Dorotea! (*Llegando á*
a puerta.) Ardo en impaciencia! Dorotea! Vuel-
es sola?

ESCENA VI.

DICHOS. DOROTEA.

r. Ah! señor don Juan...
an. Qué veo? Volveis el rostro? Llorais, Doro-
ea? Qué pasó en mi ausencia? Qué me encubris?
Doña Florida...
r. Salió...
an. Adelante.
r. Citada por el tribunal...
an. Cuál?
r. El santo oficio!
an. El santo oficio! Y judía!
d. Qué decis?
an. (*Desesperado.*) Perdida sin remedio!
d. No es eso lo que os pregunto. Hablásteis de una
judía? Doña Florinda es judía!
an. Yo dije eso? Y bien, don Rodrigo, pues lo
dije... es cierto.
od. Lo hubiera jurado. Don Juan, no hay seguridad
aqui ya para nosotros.
uan. Don Rodrigo!
od. Sabeis que la inquisicion no castiga solo á los
judaizantes, sino tambien á sus encubridores? Me
entendeis, don Juan?
uan. Sí, os entiendo: á sus encubridores. Y qué me
importa? Qué hemos de hacer ya?

Rod. Qué hemos de hacer, decis? Huir, don Juan.

Juan. Salir de aqui?

Rod. Y de Castilla. En vísperas de un auto de fé Vamos, don Juan.

Juan. (*Asiéndole de un brazo.*) Vamos en buen hor sí, pero á la inquisicion.

Rod. (*Desasiéndose.*) A la inquisicion!

Dor. Don Juan, teneos. Discrecion, cautela. Uno los personages mas importantes del santo oficio an para á doña Florinda; él la acompaña, y él ha volver á conducirla á casa.

Juan. Esta noche misma?

Dor. Y presto. Asi lo prometió.

Juan. Qué no hablabais?

Rod. Oh! no han de hallarnos aqui.

Juan. Ni yo he de moverme, aunque me cueste l vida.

Rod. Quereis volverme loco, ingrato don Juan? Y hice cuanto fue humanamente posible para cumpli mi promesa; pero os burlásteis de los consejos de un anciano, y este quiso mas bien acompañaros en vuestras locuras que tener razon abandonándoos á vuestra mala cabeza. Ahora os amaga un riesgo inminente, y quereis tambien que os acompañe en él, pudiendo facilmente evitarle...

Juan. Oh! una idea, pero una idea que todo lo concilia, el tierno afecto que me profesais, la palabra que teneis empeñada, y vuestra propia seguridad...

Rod. Hablad presto.

Juan. En cuanto doña Florinda se vea sola, me dejo ver, y huyo con ella sin esperar segunda cita del tribunal.

Dor. Oh! sí, salvadla, señor!

Juan. Andad, pues; procurad caballos y volved por nosotros. Volved, y desde este punto fiamos nues-

ı suerte en vuestras manos. Es el último esfuerzo e de vos exijo.

Y la última concesion que os hago. Convenido es. Volveré, y desde el pie de la ventana os ıré señas.

n. Sí.

. Tres palmadas.

n. Tres palmadas.

Si puedo entrar en la casa sin riesgo, me constais. De otra suerte...

n. No contestaré.

. (*Á Dorotea.*) Guiadme ahora, y con cautela.

. Nada temais. (*Salen.*)

ESCENA VII.

DON JUAN. (*Se sienta.*)

ditemos. Qué debo hacer? Esperarla? Y si no volviese... Oh! si no volviese, iria á buscarla al fondo e esa cueva, que llaman santo oficio, sí! insensato! l santo oficio! Perderia mil vidas antes de abrirme paso... Doña Florinda, doña Florinda! os perdí por ventura para siempre?

ESCENA VIII.

DON JUAN. DOROTEA.

r. (*Acude presurosa.*) Vedla aqui, señor don Juan! La he visto: ya está de vuelta.

an. Corro á su encuentro.

r. No hagais tal: no viene sola. La acompaña el mismo de quien os hablé. Quereis perderla?

an. Antes perder cien vidas. Mas primero decid, quién es...

Dor. Dudais de mi señora? Ingrato don Juan.

Juan. Decis bien! mi pasion me turba. Ella engañarme!

Dor. Guardaos, pues, de descubriros. Venid.

Juan. Donde querais.

Dor. (*Abriendo una puerta lateral.*) Al parage m apartado de la casa, á mi aposento, y solo pa salir de él en tiempo oportuno.

Juan. De vuelta ya! Y yo aqui para defenderla! A respiro, Dorotea. Te obedezco. (*Salen.*)

ESCENA IX.

DOÑA FLORINDA. DON PEDRO GOMEZ.

Flo. Oh! gracias, don Pedro, gracias. Habeis cumplido vuestra palabra, mas perdonad... (*Dejándos caer en un sitial.*) No puedo tenerme en pie.

Gom. El interrogatorio os dejó al parecer una impresion harto penosa.

Flo. Dolorosa, don Pedro, como un horrible ensueñ que no pudiese desechar. Aquella sala enlutada, aquellas opacas luces que hacian mas espantosa la oscuridad, aquellos jueces velados, cuyos ojos se fijan en vuestra frente con una inmovilidad que hiela el pensamiento... Oh! no puede la justicia de los hombres aparecernos sino revestida de esas formas terribles?

Gom. No, cuando ha de vengar á Dios. Pero espero que vuestros jueces se han de humanar en favor vuestro.

Flo. No teneis certeza...

Gom. Bien quisiera, señora...

Flo. Pero qué saben de mí, qué me quieren...? Está escrito que habré de presentarme de nuevo en su presencia?

Lo ignoro, mas es posible.

Querrán someterme á esa prueba de dolor, cuyos rumentos esparcidos en derredor mio ofuscaban mi débil razon...

Cuéstame el creerlo, pero...

(*Levantándose.*) Pero es tambien posible! Ah! lo consentireis. Tendreis compasion de mí. No de faltarme esfuerzo para morir. Soy tan desdi-da! Pero á la vista de tan espantosos dolores, nto en mí toda la flaqueza de una muger. El do-me espanta. Qué hacer, don Pedro, para evi-e? Desde ahora me someto á cuanto exijan. Cuan-quieran que diga, otro tanto diré, para morir s pronto, sí, pero una sola vez! Oh! sí, cuanto eran diré!

(*Aparte.*) Ya está en el punto en que anhelaba la. - Solo una persona pudiera intervenir entre vos vuestros jueces; os lo repito, una sola: el rey.

Y lo hará?

Podeis dudarlo, cuando se digna venir él mismo eros fiador de ello?

Oh! que venga, don Pedro, que venga!

Como os dije, señora, yo contaba hallarle aqui: ntro de poco le vereis llegar: encubridle todo gé-ro de resentimiento. Tened presente que la inqui-ion intimida hasta á los reyes, que un paso dado n ese tribunal es arriesgado aun para S. M., y e merece algun agradecimiento.

Ah! Qué puede prometerse del mio?

El rey don Felipe no puede tardar; vais, se-ra, á verle: vuestra suerte está en vuestras manos. uedaos, señora, quedaos.

(*Dejándose caer de nuevo en el sitial.*) Mis ben-ciones al menos os acompañan.

. (*Aparte al salir.*) Prometa ahora el rey, y el nante va á ser dichoso.

ESCENA X.

FLORINDA.

Qué no puede el terror! don Juan! mi vida! Yo lla á su propio enemigo: al rey! Muy desdichada muy débil debo de ser, pues que deseo volve á ver: lo anhelo con todo; de ello me sonro pero no me es posible vencerme. Dios mio, trae presto para tranquilizarme sobre los riesgos que amenazan!

ESCENA XI.

DOÑA FLORINDA. DOROTEA.

Dor. (*Corriendo hácia ella.*) Os vuelvo á estrechar mis brazos!

Flo. Dorotea!

Dor. Temblais?

Flo. Ah! no aumentes con la tuya mi conmocion: fuerza sosegarme. Espero á alguien.

Dor. Y yo os anuncio una persona á quien no esperába

Flo. Qué quieres decir?

Dor. El, él!

Flo. Don Juan!

Dor. El mismo, que acaba de llegar.

Flo. Don Juan libre! don Juan aqui!

Dor. Oculto en mi cuarto, me envia á acechar si e tais sola; decid una palabra, y le teneis á vue tros pies.

Flo. Al punto, Dorotea, corre, vuela. (*Deteniéndola* No oiste?

Dor. No! nada.

Flo. Espera! El gozo me hizo olvidar... dile á don Jua que parta, que huya!

Con vos, esta noche misma. Solo, jamas.
Qué haré, Dios mio! Ha de encontrarlo.
A quién?
Al conde, que no puede tardar, que sube tal vez
ora, mientras que te estoy hablando... Dios mio!
volviesen á encontrarse uno en frente de otro!
Oh! don Juan le mataria!
Le mataria! Pero ignoras... Sería el crimen mas
antoso...!! Y yo pude solicitar su presencia! Es-
cha, Dorotea. Don Juan está en tu habitacion;
fuerza tenerle en ella! Mas sin hablarle del
nde.
Consentirá?
Oh! dile que se lo ruego, que lo exijo; que va
ello su vida... no... la mia, y lo hará!
No hay riesgo para vos en quedaros sola?
Ninguno, Dorotea. No ha un momento, tembla-
a todavía; pero he vuelto á mi ser; ya no pienso
no en él, no temo sino por él; á todo me espon-
ria por salvarle. Ignoras, Dorotea, que el amor
s el valor de las mugeres?
. Pero don Juan no tomará consejo sino de su es-
ada si llega á sospechar que os negais á verle
ara recibir á su enemigo.
. Tu aposento está distante. No podrá oirnos.
r. Ah! señora, si hubieseis podido hablarle!
. Dices bien; todavía puedo; ven; voy contigo;
voy delante de tí; al menos le habré vuelto á ver.
(*Deteniéndose de repente.*) Esta vez no me en-
gañé.
r. Alguien sube. Ya llegan.
o. El conde! Ya es tarde. Dorotea, sálvanos á en-
trambos. Corre, vuela. He de cerrar esta puerta!
(*Echando la llave.*) Todos los obstáculos son po-
cos entre el conde y don Juan. (*Adelantándose há-
cia el medio de la escena.*) Disimulemos.

ESCENA XII.

DOÑA FLORINDA. FELIPE II.

Fel. (*Aparte en el fondo.*) El miedo que me la trega la hace mas hermosa. Ó esta noche ó jam

Flo. (*Aparte.*) Cómo abreviar esta entrevista?

Fel. Me habeis de disculpar, señora, si vengo á bar vuestra meditacion.

Flo. Tan melancólica era, señor, que aun he de taros agradecida.

Fel. Esta vez, pues, mi presencia no os es molest

Flo. Pudiera serlo, señor, cuando venis á amparar Venero, bendigo vuestra justicia.

Fel. De buena gana aceptaria la lisonja si un afec mas dulce que la necesidad de ser justo, no trajese á vuestra presencia.

Flo. La compasion!

Fel. Sí, una compasion acompañada de recelos m el afecto de un amigo que desconocisteis cuan le pudisteis creer insensible.

Flo. Vuestras palabras me vuelven la esperanza; asi me las hubieran referido, hubieran bastado calmar mis recelos, y os hubieran ahorrado, señ una entrevista en que abuso tal vez...

Fel. Al privarme del placer de tranquilizaros yo mi mo, no me le envidieis, bella Florinda.

Flo. (*Aparte.*) Se queda!

Fel. Me es tan dulce consagraros estos instantes q robo á mis afanes...

Flo. Y á vuestro descanso tal vez... Sé cuán preci sos son; no temais, señor, que abuse de ellos.

Fel. (*Adelantando un sitial para doña Florinda.*) De echad, señora, ese temor.

Flo. (*Sentándose.*) Es forzoso!

(*Aparte.*) La habré por ventura tranquilizado de-
asiado pronto?-Han debido deciros, señora, que
voluntad soberana puede estrellarse en una sen-
ncia del santo oficio. Este tribunal representa á
ios mismo, y delante de Dios qué son los reyes
: la tierra? He resuelto, con todo, cualquiera que
a el riesgo, interponerme entre vos y vuestros
eces; y en galardon de ese servicio qué debo de
perar? Odio tal vez!

(*Levantándose.*) Odio yo? Cuando me salvais?
so fuera, señor, ingratitud de que...

De que sois incapaz, hermosa Florinda. Os creo.
Convidándola á sentarse.) Por piedad...

(*Aparte sentándose en tanto que el rey va á to-
ar otro sitial.*) Qué tormento!

(*Apoyado en el respaldo de su sitial.*) No sereis
ıgrata; pero permanecereis indiferente. (*Sentán-
ose.*) La estrella de un rey es no granjear sino res-
eto cuando no inspira aborrecimiento ú envidia;
con todo, sensible á todo género de afecto que
e le rehusa, abrasado, sin esperanza, de encon-
radas pasiones, cuán dolorosamente siente un rey
a necesidad de ser amado!

. Lo sois, señor, de un pueblo entero que os ve-
ıera, que os admira, y que en vos ve el manan-
ial de todo bien.

. Sí, lo soy por interes; soy querido con aquel
ımor con que se ama al poder, no al hombre, si-
ıo al soberano. Qué á mí, señora, esos homenages,
esas aclamaciones cansadas? Con cuánto gozo las
trocaria por la dicha de estrechar en mis manos una
mano amiga; por un suspiro de la querida que me
he creado en mi fantasía, que veo en mis sueños,
cuya imagen persigue en fin al monarca en medio
de sus afanes, y al cristiano hasta en el fervor de
sus oraciones!

Flo. Esa querida, señor, Dios y la Francia os la vian; una jóven esposa os espera, aclamada por virtudes, y su persona la hermosa entre todas princesas.

Fel. Mas no entre todas las mugeres. Hay lugar p ella en este corazon que otra imagen acertó a á llenar y á poseer? No lo creais, bella Florin esa boda política es una triste viudez con todos recelos y las trabas todas del matrimonio. (*Ac cando su sitial del de Florinda.*) Oh! cuánto reina, que esa reina adornada de un título va sería una esposa por mí secretamente prefer de amor toda, escogida por mí, y adorada en tinieblas del misterio! A sus plantas depondria cetro; ella ejerceria en mi nombre ese derecho hacer gracia, el mas hermoso de los derechos un rey; sus manos no serian sino un canal por do de pasasen mis tesoros á las de los desdichados. ese inmenso poder de consolar el infortunio, e diadema real encubierta en el misterio, pero m absoluta que la mia, solo una muger la merec una sola en el mundo, y esa muger sois vos, be Florinda.

Flo. (*Levantándose.*) Yo! Cielos! Quién? Yo?

Fel. Vos, señora, á quien de rodillas la ofrezco, quien temblando pido esa compasion misma q yo no supe negaros.

Flo. Pero que intentais venderme al precio de mi h nor... Oh! no, no tuvisteis semejante idea. Yo n engañé, yo ultrajé vuestra magestad. Perdon, señ perdon para mi error.

Fel. No finjais, bella Florinda, no apeleis á virtud de que Dios me hace libre desde el punto que n las hace impracticables. Lo he resuelto; crim ó no, de bueno ó de mal grado, Florinda, sere mia.

lo. Y yo propia me entregué! Y estoy sola?

el. Sola, y nadie os venderá; pero nadie tampoco es poderoso á salvaros.

lo. Mi desesperacion y mis gritos.

el. Vuestros gritos no serán oidos.

lo. Os engañais, señor; vendrán; os juro que vendrán.

el. Quién, pues?

lo. Nadie. Oh! decis bien, nadie. Estoy sola, sin amparo, sin defensa; ó mas bien una sola me queda, y esa sois vos; vos, á quien fio ese honor que veníais á robarme. Vos, señor, que sereis mi defensor contra vos mismo. (*Llegándose á él con exaltacion.*) Don Felipe, la accion que intentais es horrible, (*Cayendo de rodillas.*) y de ella pido justicia al rey de España!

el. (*Contemplándola con entusiasmo.*) Hermosa de orgullo y de terror!-Ese es, Florinda, el único de tus deseos, á que no daré cumplimiento. El rey de España ha de ser hoy tu señor, y don Felipe tu esclavo toda su vida.

lo. (*Levantándose, y despidiéndole de sí al rey.*) Escuchadme, hombre cruel, cristiano sin compasion; no diré mas que una palabra, pues que me obligais...

el. No cambiará tu suerte.

lo. Una sola palabra que ha de perderme, pero que os ha de hacer retroceder de espanto.

el. Ya habeis resistido demasiado. (*Arrojándose hácia ella.*)

lo. (*Huyendo.*) Piedad, señor, piedad, ó la pronunciaré. Soy, señor...

el. (*Cogiéndola en sus brazos.*) Qué me importa?

lo. Soy judía!

el. (*Retrocediendo horrorizado.*) Tú! Qué escucho? Desdichada! Plegue al cielo, para tu salvacion en este mundo y en el otro, que la virtud te haya inspirado una mentira.

Flo. Sí, una mentira pesa sobre mi conciencia, mentira que por necesidad me humilló hasta fingir una creencia aparente; ese es mi crimen, y espero mi castigo. Pero si dais un paso hácia mí, repetiré al pie del tribunal, diré á voces ante mis jueces que un castellano fue bastante vil para intentar triunfar de la inocencia con la fuerza; que un caballero ha ultrajado á una muger, que el rey mas santo de la cristiandad, que tú, don Felipe, tú, rey católico, te has manchado con una pasion infame por una judía. (*Con calma.*) Y bien! Señor, ahora os deteneis. Yo estoy tranquila ahora, y vos sois quien tiembla.

Fel. Por tí, infeliz. Sabes por ventura que si, para eterna vergüenza mia, hubiesen llegado tus palabras á otros oidos, sabes que no habria esperanza ya para tí en esta vida?

Flo. Pero saldria pura de ella.

Fel. Que todo mi poder no sería bastante para salvarte del tormento y de las llamas?

Flo. Pero volaria mártir al seno de ese Dios, que asi es mi Dios como el vuestro, y que ha de juzgar á mis jueces; pero muriera digna todavía de aquel que tanto me amó.

Fel. Oh! Por qué, por qué renovaste ese recuerdo que ahoga en mí toda compasion? Es tu sentencia, Florinda, y tu sentencia de muerte. (*Oyendo golpes repetidos en la puerta del corredor inmediato.*) Qué rumor es ese?

Flo. (*En el mayor espanto.*) Cuál? nada; no oigo nada. No sé... Dorotea tal vez...

Juan. (*Desde adentro.*) Abridme esta puerta, ó he de hacerla pedazos.

Fel. Un hombre aqui!

Flo. (*Se arroja hácia la puerta, y quiere detener al rey.*) Os lo ruego, señor... Ah! Por lo que mas ameis en este mundo!

Fel. (*Desviándola para abrir la puerta.*) Un testigo de mi afrenta! He de saber quién es.

ESCENA XIII.

DON JUAN. FELIPE II. DOÑA FLORINDA.

Fel. Don Juan!

Juan. El conde!

Fel. Me habeis oido?

Juan. Demasiado tarde. Si no ya estuvierais castigado.

Flo. (*Precipitándose entre los dos.*) Ni teneis ese derecho, ni pudierais, don Juan; no conoceis al que afrentais.

Juan. Le conozco por sus hechos; daráme razon de ellos.

Fel. Y yo os juzgaré por los vuestros, y de ellos habreis de responderme.

Flo. (*Á don Juan.*) Le debeis respeto; respeto, sí, á la sangre mas noble de Castilla!

Juan. Ni es noble ni castellano quien teme á un hombre y amenaza á una muger.

Fel. Compadezco á la muger; en cuanto al hombre, le veo de bastante altura para despreciar sus injurias.

Juan. Merced al miedo que teneis de vengaros de ellas.

Fel. Si os queda un resto de razon, don Juan, ni una palabra mas. Salid.

Juan. Si os queda una gota de sangre en el corazon, venid conmigo ó defendeos.

Flo. Aqui... á mi vista! no os atrevereis. (*Asiéndole.*) No podreis...

Fel. Por última vez, obedeced.

Juan. Por última vez tambien, defiéndete. Cruza tu

espada... ó... (*Haciendo demostracion de pegarle de llano con la suya.*)

Flo. (*Dando un grito.*) Es el rey!

Juan. (*Dejando caer la espada.*) El rey!

Flo. (*Una rodilla en tierra.*) Perdon, señor, perdon! No para mí; ya estoy condenada; pero para él, cuyo único delito fue amarme sin saber quién fuese, y defenderme sin conoceros.

Fel. (*Á Florinda.*) Me habeis vendido.

Flo. Por salvaros, señor!

Fel. Ó mas bien á él. Quién os dice que no tengo yo medios para protegerme á mí mismo contra un loco á quien despreciaba demasiado para nombrarme? (*Llamando.*) Don Pedro!

ESCENA XIV.

DICHOS. DON PEDRO GOMEZ. UN OFICIAL. GUARDIAS DEL REY.

Fel. (*Á Gomez.*) Ese mozo demente al alcázar. (*Indicando el aposento de doña Florinda.*) Esta muger aqui. Decidiré de la suerte de los dos.

Flo. Por qué, don Juan, no me dejásteis morir sola? (*Entrase á su aposento.*)

Juan. No pude vengar ni su honor, ni el mio! Ó juramento mio!

Fel. (*Á los guardias.*) Retiraos.

ESCENA XV.

FELIPE II. DON PEDRO GOMEZ.

Fel. (*Los ojos clavados sobre el arma que dejó caer don Juan.*) Osó levantar contra mí esa espada...! Mas qué veo? Reparad, don Pedro. No me enga-

ñan mis ojos. Mis órdenes llegaron tarde para impedir que viese á Cárlos V.

Gom. Don Rodrigo sin duda lo dispuso todo.

Fel. Traidor! Si vuelve á caer en mis manos, don Pedro... (*Suenan tres palmadas.*) Escuchad.

Gom. Es seña.

Fel. Seña que nos entrega un cómplice. Corred, don Pedro, y ¡ay de cuantos me han ofendido!

ACTO QUINTO.

La cámara del rey en el alcázar de Toledo. Una puerta lateral; otra grande en el fondo, que da á una galería: un Crucifijo pendiente, en fondo negro.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE II *sentado junto á una mesa.* DON PEDRO, *que trabaja con el rey.*

Fel. Teneis la lista de los condenados que me ha sido entregada por el inquisidor general?

Gom. Aqui está.

Fel. (*Recorriéndola.*) Judíos, siempre judíos. Auméntase el rigor; los esterminaré: aunque hubiera de convertir la España en un yermo, habrán de desaparecer dejando sus tesoros para enriquecer el culto, y su sangre para avivar la fé espirante. Todo por la fé, y solo por la fé.

Gom. Quién pudiera dudarlo, señor?

Fel. No creais, don Pedro, que sea espíritu de venganza: no imagineis que pienso en ella.

Gom. Lejos de mí tal idea.

Fel. Con todo, si, como dices, no perteneciese á esa abominable raza... Don Rodrigo debe de saberlo. Él sin duda la conoce.

Gom. Ya dí orden de que fuese conducido á la presencia de V. M.

Fel. Si al menos abjurase sus errores con conviccion sincera!

Gom. Una, señor, existe que le ha de impedir abjurar las demas. Su amor.

Fel. Don Pedro, quereis obligarme á dar muerte á ese mozo?

Gom. Yo, señor!

Fel. Y decis bien; y sois mi amigo en aconsejármelo. Demasiado lo deseo yo ya; pero no puedo cerrar los oidos á la voz de la naturaleza que resuena en mi corazon: hay un respeto humano que me detiene. Si mi padre se lo ha dicho todo, es claro indicio de que lo toma bajo su proteccion.

Gom. Hasta la presente nada lo prueba.

Fel. Su digno preceptor, á quien voy á interrogar, ha de aclarar mis dudas en ese punto. Quien una vez me engañó, puede engañarme de nuevo. (*Dando un golpe sobre la lista.*) Pero por esta vez yo sabré hacerle forzosa la verdad.

Gom. Siempre tuvisteis el miedo por uno de los mejores arbitrios para mover á los hombres.

Fel. El mejor, don Pedro. Las dignidades se envilecen prodigadas, el oro se agota; el miedo empero no se agota, y no cuesta nada.

Gom. Aqui llega don Rodrigo.

ESCENA II.

DICHOS. DON RODRIGO *conducido por un ugier, que se retira.*

Fel. Estoy sereno. Ni hay enojo en mí ya, ni rencor. Puedo ser justo. No esperais por cierto vuestro perdon?

Rod. No lo merezco, señor; pero la clemencia de V. M. es tan grande que lo espero.

Fel. Os las habreis con el rey, ó con el santo oficio lo único que de vos exijo es que elijais vuestros jueces

Rod. Señor, ya elegí, y estoy en presencia de m juez.

Fel. Pero en tanto solamente os dejaré esa libertad en cuanto me satisfagan vuestras respuestas. Todo pende de vuestra sinceridad.

Rod. Será completa; porque si bien la verdad puede perjudicarme, sé que la mentira ha de perderme.

Un ugier del palacio, anunciando. Un espreso de su eminencia el inquisidor general.

Rod. Quisiera estar á mil leguas de aqui!

Fel. Salid á recibirle, don Pedro, y volved presto.

ESCENA III.

FELIPE II. DON RODRIGO.

Fel. Hé aqui la lista de los que han de morir mañana en el auto de fé que ha de celebrarse para castigo de los crímenes de algunos, y remision de los pecados de todos. Esta lista no está tan llena que no pueda hallarse espácio para algun otro. Aqui queda sobre esta mesa; pero á la primera palabra dudosa que salga de vuestros labios, le añado un nombre Ahora responded. Conoceis á doña Florinda?

Rod. Como V. M.

Fel No mas?

Rod. Acaso menos.

Fel. Qué quereis decir?

Rod. Lo que digo, señor, no mas.

Fel. Desde cuándo la conoceis?

Rod. Desde el dia en que V. M. me dió cita en su casa

Fel. (*Estendiendo la mano hácia la lista.*) Don Rodrigo!

Rod. Tened, señor. V. M. me condena por ser sincero. Qué haria si no lo fuese?

n menosprecio de mis órdenes llevásteis á Juan al monasterio de Yuste. Podeis negarlo?
o puedo.
ara que viese en él á mi padre?
al suyo.
Poniendo la mano sobre la lista.) Don Ro-
!
pelo á V. M., señor. Es cierto ó no?
lo vió? Y lo sabe todo?
lo señor.
o? Mirad que habeis dicho *no.*
epito, señor, que Cárlos V no ha dejado un o de ser para él un monge del monasterio.
Señalando la espada que está sobre la mesa.) Esa da prueba lo contrario. Y el monge del monas- probó por lo menos al fiársela que no insiste os convenios ajustados entre nosotros acerca de mancebo.
Convengo en que sería singular presente si des- se todavía á don Juan á la iglesia; pero afirmo el emperador, mi amo...
ue fue vuestro amo.
Que el emperador Cárlos V no le ha reconocido hijo suyo.
stais cierto de eso?
Tan cierto como lo estoy poco de vivir ma- a.
Con violencia, echando mano de la lista.) Don Ro- o!!
Señor, el ruido solamente de ese papel en las nos de V. M. bastaria para turbar cabezas me- s que la mia. Este tormento no le va en zaga á guno. Pero cuanto afirmo es verdad.
Levantándose.) Se interesa pues por ese hijo mas lo que yo pensaba?
(*Con viveza.*) No quise decir eso.

Fel. Pero ese interes, ese cariño, aunque lo f se desvaneceria por sí mismo á la consideraci un crimen de lesa magestad, crimen que don ha cometido, y por el cual debe morir.

Rod. (*Animándose á su pesar.*) Oh! no! V. M. no nunciará esa sentencia: vuestro augusto padre consentirá.

Fel. Hay pues dos reyes en la monarquía? Y reina es por ventura súbdito del que reinó? Cár ha muerto para España, ha muerto para el m yo os lo probaré, don Rodrigo, porque ese imprudente morirá, á pesar de la voluntad ó flaqueza de un monge de Yuste.

Rod. (*Del todo fuera de sí.*) Oh! no; nadie h hablado en esos términos de mi señor; no se denará á su hijo en mi presencia sin que ante su antiguo criado, haya al menos protestado entrambos.

Fel. Sois vos, don Rodrigo, vos quien habla?

Rod. (*Cayendo de rodillas.*) No os lo diré, señor, de rodillas, pero os lo diré. Por prudencia, s por razones de política, en nombre de la na leza y de vuestra gloria, no destroceis la gr alma de Cárlos V; no os estrelleis, señor, c aquel cuya fama anda aun en boca de todos, cuyos beneficios viven aun en todos los coraz Aunque no fuese ya sino una sombra, saldria ñor, del sepulcro para amparar su sangre y la tra contra vos mismo.

Fel. (*Precipitándose hácia la mesa, donde tom pluma y la lista.*) Oh! es demasiado.

Rod. Escribid, señor, escribid; matad al anci para nada os puede ya servir; mas perdonad a ven, que tiene una vida entera que sacrificaro un corazon de veinte años que latirá en su p por su rey y por su pais: viva ese, señor, y s

cibir la muerte sea por vos, y no de vos. En es vuestro hermano! (*Arrastrándose de rodi- hasta el sillon del rey.*) Sí, es vuestro herma- Ah! señor, por ventura tiene un rey tantos ami- fieles, que pueda privarse él propio volunta- ente del cariño de un hermano?

lzad, anciano; vos mismo estais espantado de tro valor. (*Despues de una ligera pausa.*) No obligo á nada para con don Juan; pero si le edo la vida, lo que dudo, será para que la os- zca en la austeridad de un claustro. Os autorizo círselo. Sé que teneis poca influencia sobre él; importa, probad á convencerle. Id á buscarle, ue os acompañe aqui. (*Á don Pedro, que ha en- lo hácia el fin de la escena.*) Conducid á mi pre- ia á doña Florinda.

Cómo, señor...

Conducidla, y dad orden al mismo tiempo de don Rodrigo pueda ver á vuestro preso. Andad. *Aparte.*) Otra mision! La última por cierto.

ESCENA IV.

FELIPE II.

ríncipe de mi nombre, de mi sangre misma, otro en mi corte ó en mis ejércitos! Jamas. Basta n un hijo. Sobra con un hermano. Es fuerza que era, ó que obedezca. (*Andando precipitadamente.*) aun cuando se sometiese, no veria yo siempre bajo de sus ropas sagradas al insolente que me zo retroceder? No veria hasta en su báculo pasto- l de obispo la espada desnuda que osó alzar con- a mí? No hay perdon posible! Obedezca ó no, es rzoso que muera. (*Deteniéndose.*) Pero y mi pa- e? En vano procuro revelarme contra un ascen-

diente que no acierto á sacudir; me domin
dignidad imperial y real oscurecida y muert
cual está, impone á la mia. Es una sombra
pero si se me apareciese de repente podria de
"*Yo maté á vuestro hijo?*" Estas palabras se
ya sobre mis labios, como si estuviese en fre
mí, como si su mirar de águila me anonadase
el polvo. La Europa está llena aun de su
una sola voz suya bastaria para hacer reso
todos sus ángulos mi desdoro. (*Despues de u
mento de silencio.*) Matar yo á su hijo! impo
(*Dejándose caer sentado.*) Nunca me atreveré!
obedecerá! De qué suerte obligarle? Solo una
sona en el mundo puede, y si resiste, si la p
cion viene á ser en mí mas poderosa, será in
de que Dios quiere que yo sucumba á ella. E
ces sucumbiré... Aqui llegan.

ESCENA V.

FELIPE II. DON RODRIGO Y DON JUAN *por el f*
Despues DOÑA FLORINDA Y DON PEDRO *por la pu*
lateral.

Rod. (*Bajo á don Juan.*) No es el valor lo que os
comiendo.
Juan. Ah! Florinda!
Flo. Don Juan!
Fel. (*Á Gomez y don Rodrigo.*) Salid.

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* DON RODRIGO Y GOMEZ.

Fel. (*Aparte.*) Su suerte va á decidirse: á este pu
no me siento piedad alguna en el corazon.

don Juan.) Os vuelvo á ver, don Juan; di-
r cierto que no esperé!
o que será corta. (*A don Juan.*) Os intima-
resolucion?
e la intimaron.
ál es la vuestra?
l conde de Santa Fiore la sabe harto bien para
ueda el rey ignorarla.
istis?
ronunciar con los labios votos que mi corazon
ntiese fuera accion vil. Moriré, señor; es me-
e España tenga un noble menos, que un mal
lote mas.
iga, pues, sobre tu cabeza la sangre de esa
lla, porque tú mismo acabas de pronunciar su
ncia.
Qué decis? señor...
ue si resistes perecerá, y que vivirá si con-
es.
V. M...
; puedo salvarla de esa muerte que destruiria
belleza, de esos tormentos cuya sola idea
nta. Podrá huir y refugiarse en tierra mas hos-
aria; podrá, si quiere, esconder su oscura exis-
a en un rincon de España, donde mi justicia la
lará. Don Juan, os empeño mi palabra real,
someteos.
s piden, don Juan, mas que la vida; os piden
bertad. Dejadme sufrir mi suerte: yo no he me-
er para morir sino tan poco valor! Vos habreis
ester tanto para vivir esclavo!
Esclavo! Y esclavo en un hábito hasta la muer-
En buen hora! Mi amor me prestará el valor de
me creí incapaz. Despues de vos, Florinda, mi
rtad es lo que mas amo en la tierra; pero per-
ndola, os salvo. Ah! lo que me hubiera envile-

cido, de hoy mas me honrará. Ya fuera meng dudar. (*A Felipe con dignidad.*) Señor, usais migo una violencia de que habreis de re der un dia; pero en vos reside el poder: ab pues de él; disponed de mí.

Flo. No, don Juan, no!

Fel. (*Arrastrándole hácia el Crucifijo.*) Ven, ante este Dios que te escucha, y que ha de ju te, ven á ligarte con un juramento que has de var dentro de poco en sus altares.

Flo. Don Juan, don Juan! no acepto ese sacrific

Fel. Pero el cielo y yo le aceptaremos.

Juan. Nada por vos, señor, nada por el cielo. por ella! (*Estendiendo la mano hácia el C fijo.*) Sí, cuésteme en buen hora su vida la de cha de la mia en este mundo, y el riesgo de mi ma en el otro!!!

Fel. (*A los grandes del reino, que entran por la p ta del fondo, descubierto.*) Quién llega? Qué es to? Quién dió la orden de abrir? Quién osó riesgo de su cabeza...

ESCENA VII.

DICHOS. CÁRLOS V. DON RODRIGO. DON PEDRO GOM PABLO. CORTESANOS *&c.*

Cár. Yo, don Felipe.

Fel. Santo Dios! (*Descubriéndose.*) Vos, señor?

Juan. Qué oigo?

Flo. Mis ruegos le persuadieron!

Cár. Yo, á quien un deber imperioso fuerza á salir última vez del retiro de que jamas creí separar El padre de una desdichada me prestó un tiempo servicio que salvó á la monarquía, y que fue inj tamente olvidado. Ella al menos no habrá reclan

valde mi proteccion. Vengo á pedirla á sus
, que no me la negarán, y á vos, que debeis
no conmigo en el agradecimiento.
estra clemencia, señor, se habia adelantado á
estra.
he concluido. (*Señalando á don Juan.*) En-
bos nos engañamos acerca de la vocacion de
eneroso mancebo; mas nunca es tarde para en-
lar un yerro. Don Juan, arrodillaos delante del
de España! Aqui, en presencia de cuanto en-
a el Estado de sagrado y grande, prometéisle
iencia y lealtad hasta la muerte?
Hasta la muerte!
on Felipe, prometeis á este mancebo ilustre pro-
ion y amistad?
ometió graves faltas para conmigo.
uáles? Hablad.
erdonad, señor; quiero no recordarlas, porque
olvidando puedo perdonar.
las olvidareis?
or respeto á vos.
A don Juan.) Hijo de Cárlos V, don Juan de
tria, hijo mio, levantaos, y abrazad á vuestro
mano!
Con dolor.) Hijo de Cárlos V!
Yo, señor! Es posible? (*Pasando de los brazos
rey á los de Cárlos V.*) Yo hijo del hombre
s grande de su siglo!
Nada debo olvidar. (*A don Juan.*) Os recomien-
al novicio Pablo; de él podeis hacer vuestro pa-
, si, como creo, tiene vuestra misma vocacion.
iseñadle á obedecer á su rey y á defender á su
tria.
Señor!
(*A don Rodrigo.*) No os dije, don Rodrigo, que
jornada sería buena?

Rod. Ha concluido, señor, mejor que empezó.

Fel. (*A Cárlos.*) V. M. nos consagrará un quiera...

Cár. (*Bajo al rey.*) Don Felipe, es cosa emba para una corte poner buena cara al pasado, sin prometerse con el presente; puesto entre el decimiento y el interes, el mas diestro vac Evitemos entrambos la prueba. (*Alto.*) Os hijo mio: la magestad que reinó debe ceder e to á la magestad que reina.

Fel. No me atrevo á insistir.

Rod. (*Aparte.*) Por temor de que la sombra e el sol.

Cár. Doña Florinda, partamos. Vuestro destino de mí.

Juan. Cómo? Señor, padre mio!!

Flo. Príncipe, no nos volveremos á ver en la t pero viviremos juntos en mis oraciones al Di todos; para mí le pediré resignacion, que da es zo para sufrir en silencio; y para vos gloria, disculpa del olvido.

Juan. Olvidaros! jamas, señora, jamas!

Cár. (*A Felipe*) A Dios, don Felipe. (*A don J* Príncipe, á Dios. Quedad vos, Pablo, en la c quedais contento?

Pab. Por demas, señor. Es tan hermosa esa corte de todos se sonrien, y se abrazan y se quieren...

Cár. (*Dándole con la mano en la mejilla.*) Cómo e convento!

FIN.